

La Ilustración

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Artística

Año XXXIV

BARCELONA 18 DE ENERO DE 1915

NÚM. 1.725



LA GUERRA, cuadro de A. Boecklin. (Reproducción autorizada por la Unión Fotográfica de Múnich.)

El ilustre pintor suizo Arnoldo Boecklin nos ofrece en este cuadro todos los horrores de la guerra en su terrible grandiosidad. Su composición es una visión verdaderamente apocalíptica. Esas cuatro figuras que cabalgan en frenética carrera llevan la desolación a todas partes: la muerte,

el incendio, la destrucción, la miseria señalan su paso por las ciudades y por los campos antes florecientes y convertidos hoy las unas en montones de escombros y los otros en tierras incultas, y que sirven de tumba a los millares de hombres que perecieron en la cruenta lucha.



Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Pensamientos*. — *La clavarieta*, por B. Morales San Martín. — *Novedades teatrales. En Madrid y en Barcelona*. — *La guerra europea*. — *Melilla. Colocación de la primera piedra de un Grupo Escolar*. — *Madrid. Notas de actualidad*. — *La Niania* (novela ilustrada; continuación). — *Rincones de España. Roncesvalles*, por el conde de Carlet.

Grabados. — *La Guerra*, cuadro de A. Boecklin. — *Dibujo de Carreres*, que ilustra el cuento *La clavarieta*. — *Silencio*, estatua en bronce de W. Reid Dick. — *La recolección*, cuadro de Carlos Hartmann. — *El banquete de boda*, cuadro de Rodolfo Poeschmann. — *Novedades teatrales. En Madrid y en Barcelona*. — *La guerra europea. Ceremonia religiosa celebrada por las tropas bávaras en el cementerio de una población del teatro occidental de operaciones*. — *Distribución de cigarrillos entre las tropas alemanas*. — *Soldados alemanes*. — *Avia tor alemán escapando una bomba en su aparato*. — *Vista de una población destruida por los rusos*. — *Trincheras inglesas*. — *Melilla. Colocación de la primera piedra de un Grupo Escolar*. — *Madrid. Notas de actualidad*. — *Rincones de España. Roncesvalles* (cinco fotografías). — *«Kildare»*, caballo de armas del difunto rey Eduardo VII de Inglaterra, obra del escultor norteamericano Herberto Haseltine.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El hecho de haber sido robado a una dama, de la cual sólo iniciales han dado los periódicos, un magnífico collar de perlas, en la calle, ha puesto sobre el tapete la cuestión del latrocinio en Madrid, que mil veces se ha debatido, relacionándola con la de la mendicidad.

En efecto, yo no sé cómo nos quitan hasta el pensamiento, según están las calles de poco vigiladas, infestadas de mendigos. Y parecerá singular lo que voy a decir: los mendigos de este año son diferentes de los de años anteriores.

Antes los mendigos eran, o «el caballero decente que se ve en la desgracia», o la mujer con una criatura de pecho, «para la niña, señora, pá leche pá la niña», o los lisiados, «un artista que no se lo pué ganar», o las vejezuelas decrepitas, «esta pobre ancianita que aun no se ha desayunao...» El año presente, 1915, en una proporción de un 90 por 100, la mendicidad está compuesta de golfos, cuya edad oscila entre los seis y los diecisiete años.

* *

Conviene pues el texto de mi artículo al Dr. Tola Latour, grande amigo y bienhechor de la infancia, y que se ha preocupado siempre de este problema social.

Estos golfos, evidentemente, nunca se consagrarán a nada útil, nunca pertenecerán a la hueste de los laboriosos. Son, desde el primer instante, canijos de cuerpo y de alma. Su género de vida no puede desarrollar en ellos sino gérmenes morbosos. Apostados día y noche a las puertas de los establecimientos en que la gente come, se divierte o rinde tributo al vicio, se dedican a postular a cambio de servicios imaginarios, o por complicidades equívocas, que los inician, desde muy temprano, en todos los secretos de la mala vida.

Vagando por las calles hasta las tres y las cuatro de la mañana, contra las leyes de la higiene y de la moral, acechan cuanto sucede, tienen fijos los ojos en todo el mundo, y nadie puede dar un paso sin verse cercado de estos nuevos espías, que, si no atienden misterio alguno, cuando no existe, se fijan bien en lo que se deja caer por descuido, ya para asegurar la propina recogiendo, ya para sabe Dios qué, si vuestra distracción es tan completa que ignoráis que se os cayó la bolsa.

Es infalible que, adelantándose a veces al lacayo, sean ellos quienes abran y cierren las portezuelas de los coches. Por el afán de precipitarse, no faltó golfo que despachurrase los dedos a un ciudadano pacífico, cogiéndoselos entre la portezuela y el montante.

No podéis deteneros un momento, a cambiar algunas palabras con cualquier amigo o amiga, sin que el golfo de servicio meta el cuevo, se entere de la conversación, y tome de ella pie para nuevas solicitudes de perras y perrillas.

* *

El amor, sin embargo, o lo que a él se asemeja, es la mejor fuente de rendimiento para los tales golfos. Por naturaleza son inclinados a ejercer los oficios que Cervantes declaraba muy necesarios en la república. En este particular, se pudieran escribir

largas y sabrosas páginas de novela picaresca, con los nuevos Lazarillos del Manzanares.

A la salida de los bailes de máscaras, las damas que van cogidas del brazo de un señorito son objeto, por parte de los golfos, de una ovación, con granizada de piropos. Y claro, los acompañantes no pueden menos de correrse con la peseta, pues sabido es que hay situaciones y circunstancias en que la gente se vuelve muy generosa, aunque no lo sea de suyo... ¿Y qué decir, si en vez de bebé, pierrot o arlequineta genuina, es una señora en compromiso lo que pescan los golfos? Entonces, la generosidad puede no tener límites.

Así, los golfos intervienen en todo, se los encuentra hasta en la sopa. Arreglan bodas... y lo que no son bodas; se enteran de desafíos, lances y pendenias; conocen por sus nombres y sobrenombres a todas las personas de algún viso de Madrid; saben quién les ha de soltar, en ocasiones, un duro, y quién un lapo; bizcan hacia las joyas, conocen y adivinan la posición de las gentes, la tarifa para las probabilidades de sacar partido, y vienen a constituir el modernismo de la pedigueñería.

* *

Al lado de los golfos, hay las golfas. También su edad suele no bajar de seis, y no subir de quince. Triste es su vivir después de esta edad; pero no era más alegre, y era desde luego antinatural y horrible, cuando, impúberes aún, ofreciendo un periódico, recorrían calles y plazas, o se instalaban en la proyección de luz de un teatro o de un colmado, a las altas horas.

Y yo digo que esto no debía consentirse, no debía ser lícito.

El problema está en que a estas criaturas, son sus padres y sus madres quienes en primer término los lanzan a tal oficio y menester... La policía puede recoger todas las noches un par de docenas de estos niños y niñas infelices, reclutas de la mendicidad y de la inmoralidad; pero la policía se cansa, porque, al día siguiente de recogidos, viene el padre, y haciendo uso de la patria potestad, lo reclama para lanzarlo otra vez, apenas oscurece, a la misma faena y exigirle, cuando regresa a casa, el par de pesetas, cuya falta envuelve el castigo de palos o de zapatazos en el desnudo cuerpecillo.

Mientras no pierda la patria potestad, a la segunda vez que su hija sea recogida rodando por las calles, el padre explotador, y sea libre el Estado para recluir en Asilos a las niñas precozmente depravadas, el recogerlas de poco o nada servirá.

* *

Todo esto es bien triste, y lo peor es que tiene apariencias de alegre y de picaresco, como queda dicho.

Los golfos son una de las lepras sociales de Madrid. Hay quien afirma que los golfos dan una nota pintoresca; no la sé ver. El espectáculo de tantos niños encanijados, de tantos mozuélos holgazanes de profesión, soldados probables de los ejércitos del crimen y de la delincuencia para lo venidero, no me parece sino lamentable, y no puedo menos de sentir, cada vez que lo presencio, una especie de vergüenza patriótica.

Debo sin embargo confesar que, para tanta golfería y tanta hampa, no se cometen en Madrid tantos robos. En este particular no sobresalimos. No han llegado aquí todavía los elegantes ladrones y bandidos trágicos que tanto gusto dieron en París y en Londres.

La indumentaria de nuestros timadores, carteristas y mecheras, no se parece a la de los personajes de las novelas policíacas, hoy en moda. Así es que no andan desapareciendo tan fácilmente diademas, collares y demás preseas suntuosas, a menos que se trate de robos domésticos; y aun éstos no suelen pasar de verdaderas gatadas y garduñerías.

El dinero lo tiene todo el mundo en los Bancos; los títulos y valores, igual; las joyas, se guardan cuidadosamente. Pero (y esta reflexión me la inspira el reciente episodio del collar de la Condesa de A...), las joyas, en la actualidad, se usan demasiado. En otros tiempos para que saliesen a relucir las joyas, se necesitaba un recio repique: boda, bautizo, sarao, ceremonia de corte.... Hoy, a cada triquitraque, se enojan y recargan las mujeres. ¿Qué es decir a cada triquitraque? A diario. Sale una señora de su casa a pie, por la mañanita, a comprar una vara de madapolán y los merengues para el postre, y va ostentando lo mejor de sus estuches, a proporción cada cual de lo que posee.

Se asegura que las joyas son un capital muerto, y

cuantas más veces se saquen, más se le exprime el jugo al rédito de ese capital. Ello será así; pero, como quiera que la gente va despabilándose mucho, y conoce el valor de las preseas, cuando hay tanta necesidad, tanta miseria, cuando ocurre que se muere la gente en la acera de hambre y de frío, no es prudente salir con treinta o cuarenta mil duros al pescuezo.

* *

No hay, sin embargo (insisto, porque dadas las circunstancias es hasta curioso), demasiadas subterfugios en Madrid. No se registra el frecuente cambriolage de París. Tampoco abundan los robillos «al escaparate», ni aun los atracos, ni aun la recolección de carteras, bolsas y otros objetos de uso habitual. Los relojes parecen más adheridos a los bolsillos de los chalecos, y los alfileres de corbata, más seguros en la seda de los plastrones. ¿Será que hay más honradez? ¿Será que existe mayor vigilancia?

Yo no lo sabría decir. Por mi parte, a pesar de ser persona algo distraída y no muy recelosa de tales contingencias, declaro que nunca me han quitado nada en la calle, salvo unos duros que llevaba en la faltriquera del traje, allá cuando era moda que las faltriqueras se colocasen atrás, para mayor comodidad de los señores tomadores. Fuera de eso, no sufrí otro percance. Eso sí: he sabido por experiencia que lo que se desliza al suelo es declarado buena presa, y las personas más ajenas al oficio del señor Monipodio no se creen obligados a restituirlo a su legítimo y pristino poseedor, aunque le conozcan y les conste quién es.

Si no me pareciese un poco alarmante la paradoja, diría que el menor contingente del ejército del robo, y acaso el menos temible, es el que abiertamente figura en él. Lo que robe un profesional, a no surgir un lance como el del collar de perlas (si fué ladrón de oficio quien lo robó), es flor de cantueso para lo que se roba diariamente, sin ruido, doquier. Sin ruido, y sin sanción de ninguna especie. La cocinera que sisa; el panadero que desmiente el peso; el carnicero que da de menos en la mercancía; el *chauffeur* que se guarda el bidón de bencina; el cochero que disminuye la ración de cebada; la modista que pide diez varas no necesitando sino siete; el administrador que va engordando y adquiriendo casas y fincas; tantos y tantos como suavemente se apropian lo ajeno y despojan al prójimo, ¿en qué se diferencian de los profesionales, sino en mayor seguridad y sosiego para ejercer el oficio?

Y la edad moderna, al aumentar hasta lo ilimitado las exigencias del lujo y del confort, ha desarrollado enfermizamente el instinto de apropiación, el ansia de adquirir, en una o en otra forma. Adquirir, tener: he aquí el anhelo común de tantas gentes: diré que de casi todas.

Hay que tener, porque hay que comprar a precios cada día más altos y en mayor número los goces y las comodidades del vivir. Éste es, cómo no verlo, un terrible mal social. Y es también la razón profunda de la espantosa guerra que asuela a Europa. Las naciones, como los individuos, han menester riqueza, y la adquieren rompiendo el freno de toda ley, apoderándose de lo que encuentran y pueden tomar por la violencia, unida a la astucia... Sobre lo cual cabe disertar largamente, pero el tema es ya asaz enojoso.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Honra a los viejos que, precediéndote en el camino de la vida, te enseñaron las dificultades de la misma, y estima como un tesoro su experiencia y sus consejos.

TOESCA.

La libertad es un vino generoso que altera los cerebros débiles; sólo después de una larga costumbre se adquiere la facultad de tolerar una fuerte dosis de ella.

DE SISMONDI.

La honradez es siempre la mejor política. Esta es una máxima que considero aplicable lo mismo a los negocios de las naciones que a los de los individuos.

WASHINGTON.

Sólo niegan a Dios aquellos a quienes convendría que Dios no existiese.

SAN AGUSTÍN.

La Sal Natural de Sprudel
de **Carlsbad**
es la única legítima Sal de

LA CLAVARIESA, POR B. MORALES SAN MARTÍN, dibujo de Carreres



... desde su asiento contempló durante el santo sacrificio a su mujer

I

María Roseta o Roseta, como familiarmente la llamaba todo el pueblo, era la muchacha más buena y rica de Burjasot. Su bondad era mayor que su belleza, que no llegaba ni siquiera a lo que ha dado en llamarse una mujer vistosa o bonita. Morena, de un moreno bronceado, y con ojos de un fuego adormecido que nadie vió relampaguear nunca con pasión, el conjunto de su rostro no desentonaba al lado de las mozas realmente bellas; pero pasaba inadvertido aún entre las jóvenes simplemente guapas. Al acercarse a ella los mozos enamoradizos y galantes, se alejaban presto de aquella morena esfinge de pelo negro como ala de cuervo y rizado en ondas, porque sus ojos grandes y profundos, pero adormecidos, y su palabra mansa y pobre decían que Roseta era un alma enigmática o una mujer sin corazón.

Y a pesar de su apariencia de esfinge dormida, pétrea, muda, Roseta tenía su alma en su almarico; pero tan escondida, que eran torpes los ojos de los mozos de Burjasot para llegar hasta ella. Tímida y casta por naturaleza, temblaba la pobre niña al pensar que alguno de aquellos inquisidores ojos penetraran en el santuario de su pecho y descubriera los misterios de amor y los tesoros de ternura que atesoraba en él.

Por aquellos tiempos lucía su gentileza y garbo en Burjasot un chaval de pobrísima hacienda, guapo y apuesto, alegre y pendenciero, más amigo de músicas, jaranas y meriendas que del trabajo. Conociasele una novia cada mes y un cortejo cada semana... Llevaba uncidas a su carro victorioso tantas bellezas huertanas víctimas de su inconstancia, que acabó el mozo por no poder acercarse a hablarle de amores a ninguna moza honesta y cuidadosa del buen parecer...

Y por una ironía del destino, que se complace en concertar a veces lo más dispar y heterogéneo por un capricho de su misterioso arte, de esta bala perdida, del gentil y casquivano Luciano, era de quien se había prendado con pasión incurable la infeliz

doncella de ojos negros de tranquilo mirar; él era el único que había logrado conmovier las puertas del santuario que guardaba Roseta cerradas herméticamente..., dispuesta a abrirlas de par en par apenas el mozo llamara a ellas, sea como fuere.

Y fueron esposos la moza sufrida y buena y el mozo alegre y pendenciero... Ella siguió su vida obscura y laboriosa, rigiendo su casa y hacienda, como venía haciéndolo desde la muerte de sus padres. El... no alteró tampoco su vida de soltero: de jota en jota y de baile en baile, de taberna en taberna y de pueblo en pueblo, pasaba la vida lejos de su mujer el que ya era por derecho de conquista el labrador más rico de Burjasot y de sus contornos.

Roseta, triste y resignada, esperábale siempre amorosa después de sus correrías, siempre con los brazos abiertos, siempre sonriente, y con fuego de pasión en sus ojos negros y profundos, que ya relampagueaban de amor y de celos. A la vez supo lo que era amar y sufrir; pero Luciano era suyo: el único antojo, el único deseo, la única pasión de su vida se habían cumplido y realizado, ¿qué importaba que su vida fuera la de una mártir de amor y de la fe conyugal?

- ¡De todos los casamientos que se hacen al año, uno lo concierta el diablo!

- ¡Y ese fué el de Roseta!, decían en voz baja las comadres del pueblo.

Y no andaban descaminadas, porque la pobre enamorada sólo fué feliz un día: el de sus bodas. Su idilio no duró quizás más que una noche, quizás un momento... La noche siguiente a la de su casamiento ya salió de su casa Luciano, recogiendo a ella cuando la luz del alba plateaba la inmensa vega y el blanco caserío de los cien pueblos que como bandada de palomas se posaban sobre la verde alfombra levantina.

- ¡Tan pronto, Dios mío!, gemía la abandonada esposa en su frío lecho conyugal. Yo creí que me guardaría Luciano algunos meses, algunas semanas, algunos días de fidelidad... ¡Ah! ¡Sólo un día feliz! ¡Sólo una noche de amor! ¡Virgen santa, qué boda

la mía! ¡Qué pronto me veo sola otra vez!, seguía gemiendo en la soledad de la cámara nupcial la pobre huérfana de padres y de amor.

II

Llegaron las famosas fiestas que Burjasot dedica a la Virgen de Agosto y costea la cofradía de las casadas, a la cual pertenecía Roseta y era el año aquel «clavariesa mayor». Ocioso es decir que siendo clavariesa la mujer más rica y generosa del pueblo, serían las fiestas suntuosas, espléndidas y magníficas.

Ni poco ni mucho preocupó a Luciano que su mujer fuera clavariesa mayor y que llevara el peso de la organización de las fiestas. Díjole que compromisos con sus amigos de Borbotó o de Poterna ó de Benimámet le impedirían asistir a las fiestas, y se largó con viento fresco.

Mordió Roseta su despecho y su afrenta y, triste y resignada como siempre, siguió su camino de amargura y olvido llena de fe su alma y de amor su generoso corazón.

Y llegó el día de la Virgen de Agosto.

Luciano había salido de madrugada de su casa y Roseta estaba en su alcoba hecha un mar de lágrimas, vistiéndose sus galas, disponiéndose a asistir a la misa mayor con el corazón deshecho. Fué a salir, un poco más serena, de su casa, rodeada de sus amigas, cuando tropezó con Luciano, que tornaba mustio y cariacontecido, por la ausencia de los compinches con quienes había concertado cierta jira para aquel día precisamente.

Al verse frente a frente marido y mujer, ella, que desde el día siguiente a sus bodas tuvo a empeño no componerse y emperejilarse nunca porque no sabía bien su tristeza con las galas, tornóse roja como las guindas al ver a su marido contemplándola extraño...

Cubría la cabeza de Roseta rica mantilla, que encuadraba su rostro encendido de rubor como el de una Virgen morena. Vestía valioso traje de seda a usanza huertana. Su tocado de labradora, los precio-

ros zarcillos de perlas en forma de racimos; el vistosísimo alfiler del pecho cuajado de perlas, cuyo delicado oriente las hacía parecer gotas de cuajado rocío, todo realzaba su figura airosa y embellecía su rostro moreno con inusitados encantos. Sostenía su diestra labrado cirio que temblaba como el pañuelo de encajes con que lo cogía su mano, y no avanzó un paso para salir esperando que Luciano, que la devoraba con los ojos, hablara.

Su marido, inmóvil en la puerta, la contemplaba quizás por primera vez desde sus bodas con arrobamiento y anhelo.

Acercóse a ella pausadamente, y midiendo las palabras y con acento que a Roseta le llegó al alma, le preguntó sonriendo:

— ¿Dónde vas... tan guapa?

Encendióse más y más en oleadas de rubor la pobre mujer al verse galanteada por su marido y cuando pudo respondió torpemente:

— A la misa mayor... Es hoy la fiesta... y me esperan las demás clavariesas... ¿No lo sabías?

— ¡Ah! ¿Sí? Pues también voy... Vamos allá...

— ¿Tú..., Luciano..., conmigo?, murmuró entre esperanzada y dudosa la infeliz mujer.

— Sí. ¿Por qué no? ¿No soy tu marido? Es decir..., si la señora clavariesa mayor consiente que la acompañe yo..., replicó él entre avergonzado y audaz.

— ¡Oh! ¡Sí, sí!

Y la enamorada esposa no pudo sostener por más tiempo su afectada tranquilidad y cayó en los brazos de su marido y señor soltando el río de sus contenidas lágrimas. Luciano la estrechó contra su pecho con amor por primera vez... Aquel rostro cuajado por el rocío de sus lágrimas estaba realmente hermoso, Luciano lo sintió así y murmuró al oído de su mujer:

— ¡Soy indigno de ti..., no te merezco, rejudas! ¡Pero yo..., yo volveré a serlo!

Levantó la cabeza la abnegada esposa, y sonriéndole a través de sus lágrimas con santa indulgencia, le dijo con voz dulcísima:

— ¡Ya lo eres! ¡Siempre lo has sido para mí! ¡Luciano!..

Pasó aquel momento de sincera y mutua emoción a los ojos de los circunstantes con la rapidez del rayo. Serenóse Roseta; secóse los ojos; miró con indescriptible expresión a su marido y esperó con afán.

— ¿Vamos?, dijo él.

— Vamos, respondió ella.

Y todo el pueblo admiró, primero con curiosidad, con envidia después, a la señora clavariesa mayor y a su marido juntos, dirigiéndose a la iglesia; y exclamaron los ingeniosos:

— ¡Milagro, milagro de la Virgen!

— ¿Durará mucho?, decían los escépticos.

III

La misa fué solemne y grandiosa. Escogida capilla llenó los ámbitos del templo de sublimes armonías. Nubes de incienso envolvían y acariciaban a las sagradas imágenes, alrededor de las cuales brillaban prodigiosas constelaciones de luces..., y Luciano por vez primera ocupó su puesto en el banco del Ayuntamiento, al cual pertenecía.

Desde su asiento, contempló durante el santo sacrificio a su mujer, preguntándose mentalmente si el cambio de sus sentimientos respecto a ella venía de fuera o le salía de adentro.

«Porque..., pensaba, realmente está guapa Roseta... Pero ¿cómo no lo vi antes? Pero ¿era guapa y yo no lo veía... o lo está desde hoy? Pero ¿qué es lo que tiene en el cuerpo y en la cara esa mujer que logra enamorarme de ella?»

Aumentaban su confusión los comentarios que llegaban hasta él borrosamente.

— ¡Qué guapa está la clavariesa! Parece mentira..., decía uno.

— ¡Qué ojos tiene y cómo miran!, añadía otro.

— ¡Su boca parece una granada abierta y fresquísimas!

— ¡Qué busto tan arrogante!

— Pues ¿y el talle?

— ¡Parece otra!

— ¡Y cómo la mira su marido, el muy truhán!

— ¿Quién, ése? No lo creas; a ése le gustan todas menos su mujer...

— Pues hoy está encandilao mirándola. Y lo que de estas frases llegaba hasta los oídos de Luciano le encendían en ira y en celos, sino era también de vergüenza a la par.

Al salir de la misa, entre la atronadora algarabía

razón..., y señaló a su oprimido seno. Todas la miraron sin comprender; pero la tía Huisa, que era un linde para ciertos lances, exclamó mirando a Luciano con toda la mala intención que cabía en su alma:

— ¡Pero si ya lo decía yo! ¡Si ha sido una temeridad meterla en la iglesia con aquel gentío, aquella algarabía y tanto tufo de incienso.

— ¿Por qué?, gritó Luciano, exasperado, sin comprender aún; pero adivinando que nuevos sentimientos iban apoderándose de su corazón.

— ¡Pareces el bobo de Coria, hijo!, replicó airada la tía Huisa. ¿No sabes tú... que en el estado en que está tu mujer ha sido una locura dejarla ir?..

Un alarido de león cortó la palabra de la vieja:

— ¿Pero... qué..., es verdad eso que dice esta bruja del demonio?

Y cayó de rodillas delante de Roseta, besando sus manos y rompiendo las cintas de su justillo nerviosamente.

Roseta le dejó hacer, sonriendo complacida y compasiva, respondiendo por ella la ola de rubor que inundaba su rostro moreno y hasta el blanco de sus ojos profundos y enamorados.

Y aquel día fué para la pobre clavariesa mayor el más venturoso de su vida desde sus bodas.

Pasado aquel pequeño susto y repuesta de su pasajera indisposición, su marido invitó a su mesa a lo mejor del pueblo: al señor cura, al padre predicador, al alcalde y prohombres, al músico mayor, a los famosos dulzaineros, y al Nuncio invita si el Nuncio asiste aquel año a las fiestas de Burjasot.

Hizo los honores el apasionado mozo como una persona formal, haciéndose lenguas todo el mundo del repentino cambio de las maneras y del modo de ser del marido de Roseta la Colomina.

Los dos, la mujer embellecida y transformada en espléndida hembra por la maternidad, y el hombre enamorado de ella, aunque tarde, aun a tiempo para hacerla feliz, mirábase con amor y servían a sus convidados la suculenta paella, los sabrosos fritos, las exquisitas pastas, tortas y dulces, los añejos vinos; ella roja, encendida en rubores, rehuyendo las lisonjas de sus convidados; él complacido, pero acusándose de no haber sabido comprender y estimar el tesoro del cual era dueño sin saberlo hasta entonces.

«He de quererla con toda el alma... a ella sola. Después de todo..., ¿no es mi mujer..., no es mía sola su alma?»

Por la tarde salió la procesión, lucida y vistosa aquel año como ningún otro.

Tras la imagen de la Virgen de la Asunción fueron las clavariesas presididas por la señora clavariesa mayor, a quienes acompañó Luciano con sus amigos empuñando sendos cirios y admirando la belleza espléndida de su mujer revelada a su alma por vez primera aquel mismo día, envidiándola a pesar de que sabía que era toda suya, muy suya...

Acabó la fiesta; terminó el espléndido castillo de fuegos artificiales; apagáronse los ecos últimos de las músicas; restallaba en los aires el último culebreo del último cohete, como la postrera carcajada de fuego y de luz de aquel día venturoso, cuando solos, despojábanse de sus galas en su alcoba los dos cónyuges, cuyo amor reverdecía en día fasto para no morir jamás.

Ella tímida y vergonzosa como la noche de sus bodas; él avaro de aquellos encantos que iba adivinando bajo los sutiles encajes y finísimas batistas..., los dos esposos cayeron instintivamente en brazos uno de otro..., preguntando Roseta con sublime impudor:

— Luciano..., ¿mío..., mío sólo ya y para toda la vida?

— ¡Sí, Roseta del alma!

— ¿Lo juras?

— ¡Sí; por nuestro hijo! ¡Y por un hijo no se jura en balde!, contestó Luciano, sellando su juramento con un beso casto que dejó en la boca roja y perfumada como los claveles de Valencia de la «señora clavariesa», embellecida por milagros de la maternidad y del amor.



Silencio. estatua en bronce de W. Reid Dick
(Exposición de la Real Academia de Londres. 1914.)

de las campanas, el órgano, las tracas, las músicas y los vítores de la gente, Roseta sufrió un desvanecimiento, cayendo pálida y sudorosa en brazos de sus compañeras. Acudió la gente, llamaron a su marido, que acudió presuroso y solícito, lleváronla en volandas a su casa, cercana a la iglesia, a tiempo que tornaba en sí y pedía:

— ¡Agua..., por Dios..., me ahogo!..

Luciano mismo se la trajo presto y fresquísimas; abrióse paso entre las tías y las primas de su mujer, mojó sus sienes, humedeció sus labios exangües y por primera vez desde el día de sus bodas sintió lo que era la pena de ver enferma a su mujer, no exenta de remordimiento por su pasada y criminal indiferencia...

Roseta pidió que la llevaran a su alcoba: allí sola con su marido y sus más íntimas amigas, mirólos a todos con angustia, singularmente a Luciano, como no atreviéndose a quejarse, a indicar la causa de su mal...

Su marido adivinó que algo deseaba la enferma y preguntó anheloso:

— ¿Qué deseas? Habla, por Dios... ¿Qué quieres, qué te duele?... Pronto; no sufras...

Roseta, sin atreverse aún a hablar, suspiró profundamente, como si hondo pesar oprimiera su co-



La recolección, cuadro de Carlos Hartmann



El banquete de boda, cuadro de Rodolfo Poeschmann. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Berlín. 1914.)

NOVEDADES TEATRALES. - EN MADRID Y EN BARCELONA

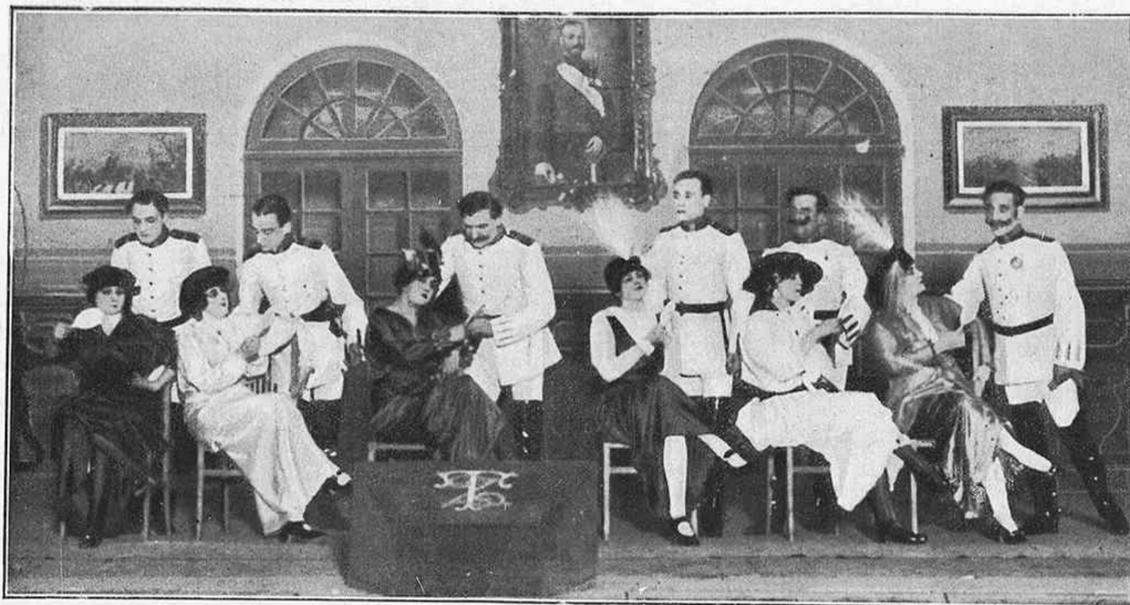
En el Teatro de la Zarzuela se ha estrenado con grandísimo éxito *La mujer indecisa*, opereta en un acto y tres cuadros, letra de Manuel Merino y música del maestro Millán. El argumento pasa en Rusia, se basa en una intriga de amor, de desdenes y de celos hábilmente desarrollada, y tiene un ambiente pintoresco y simpático.

El maestro Millán ha consolidado en esta nueva obra el ruidoso triunfo obtenido recientemente con *El príncipe bohemio*. La música de *La mujer indecisa* es inspirada, alegre, retazona, sentimental y elegante, y se ajusta perfectamente a las tendencias de la opereta moderna; y estas cualidades halláanse avaloradas por una instrumentación admirable que demuestra en el autor un completo dominio de la técnica. Entre los números más notables, merecen citarse especialmente un *duetto* cómico de tiple y barítono, de corte vienés, y sobre todo el intermedio del segundo al tercer cuadro, que es un modelo de orquestación y de técnica.

En la ejecución se distinguieron singularmente la Srta. Vela y el Sr. Sagi Barba, a quienes secundan muy acertadamente la Srta. Haro, la Sra. Romero y los señores Meana Marcén y García.

La obra ha sido puesta en escena con gran lujo y propiedad, y para ella ha dibujado unos preciosos figurines el popular artista *Dhoy*.

La diadema de la princesa, estrenada en Price, pertenece al mismo género folletinesco de



Madrid. - Una escena de *La mujer indecisa*, opereta en un acto y tres cuadros, letra de Manuel Merino música del maestro Millán, estrenada con excelente éxito en el Teatro de la Zarzuela

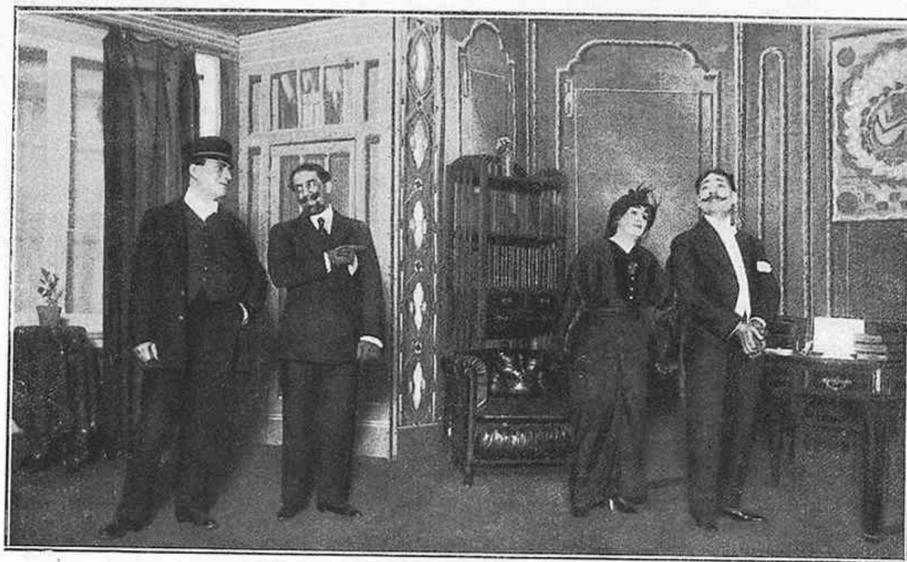
sus amigas y cuando la institutriz cree que aquel rompimiento ha de ser el prelude de su felicidad, Lorenzo, en vez de ofrecerle su mano de esposo, le hace proposiciones que aquélla rechaza con la mayor indignación. Pilar, con el corazón destrozado, se dispone a abandonar aquella casa y a separarse para siempre de Carmina; pero la intervención de la condesa de las

Husadas, gran señora de sanos principios y elevados sentimientos, por un lado, y por otro el convencimiento de Lorenzo de la diferencia que existe entre una mujer, que es Pilar, y las demás mujeres, inclinan el ánimo del viudo calavera, que acaba por casarse con la institutriz.

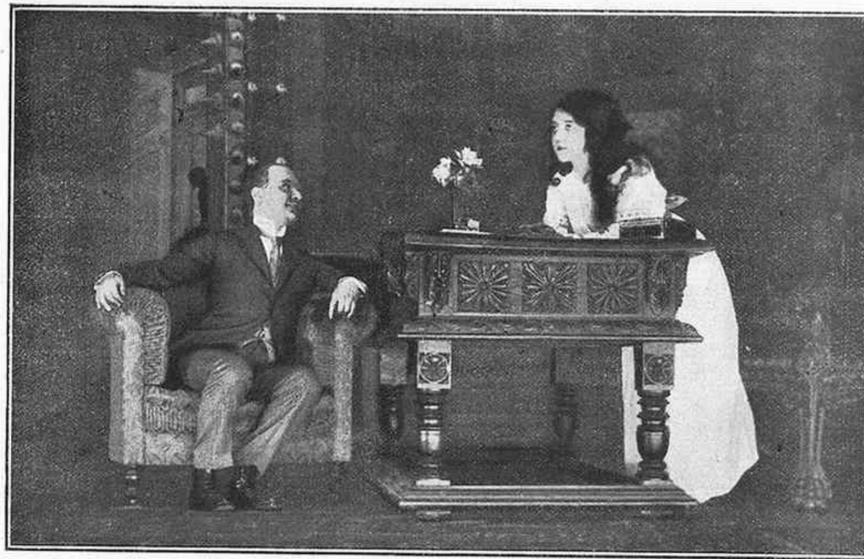
Esta nueva comedia del señor Marquina, bien pensada y admirablemente escrita, interesa al público y aun le interesaría más si los dos últimos actos se redujesen a uno solo, pues con ello la acción adquiriría mayor vigor, y desaparecerían ciertas lentitudes en el desarrollo del argumento y ciertas repeticiones de conceptos que a veces acaban por distraer o fatigar la atención del espectador.

De la ejecución sólo elogios pueden hacerse de la excelente compañía que dirigen María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. La genial actriz dió gran relieve al personaje de Pilar demostrando una vez más los recursos de que merced a su talento y a su conocimiento dispone para lograr los mejores efectos. Thuiller estuvo acertado.

dísimo en la interpretación sobria de Lorenzo; Fernando Díaz de Mendoza representó con gran acierto un papel secundario; y las señoras Salvador y Torres, las señoritas Ladrón de Guevara, Heimos y Sem, y los Sres. Codina, Mancha, Fuste y Medrano contribuyeron al buen éxito.



Madrid. - Una escena de *La diadema de la princesa*, drama policíaco estrenado con buen éxito en el Teatro Price



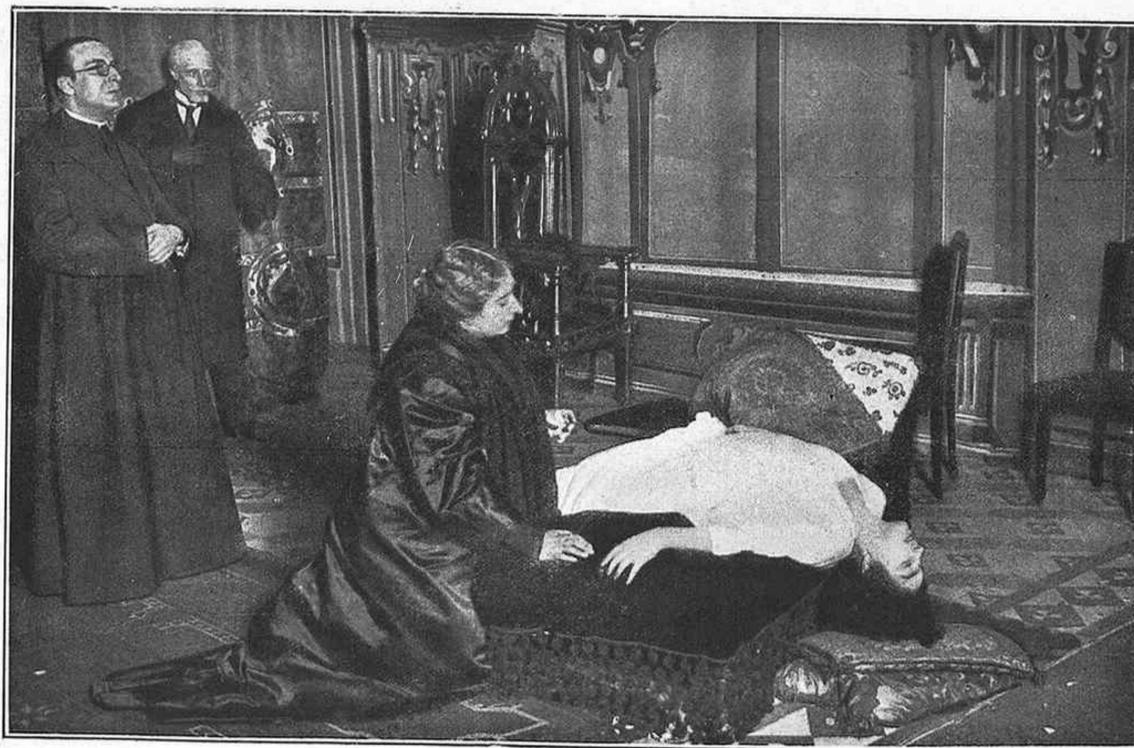
Una escena de *Una mujer*, comedia en tres actos y en prosa de Eduardo Marquina, estrenado con buen éxito en el Teatro de la Princesa

La mano gris, en la que nos ocupamos en el número anterior, y otros dramas por el estilo estrenados en el mismo teatro y todos ellos con gran éxito. Trátase de un drama policíaco, cuyo protagonista es Arsenio Lupín, el popular ladrón de guante blanco, y la acción se desenvuelve sobre el robo por él efectuado de una diadema que perteneció a la infortunada princesa de Lamballe. Las peripecias del argumento, las estratagemas de Lupín, que logra burlar al más sagaz de los detectives, mantienen en constante tensión el interés del público durante todas las escenas. El argumento, dentro de su inverosimilitud, se desarrolla con originalidad y revela en su autor una gran inventiva; además, no hay en él nada de mal gusto ni que desentone del ambiente aristocrático en que los hechos acontecen.

La interpretación de la obra, que ha sido muy bien puesta en escena, nada deja que desear en conjunto, portándose como buena la compañía que dirige el popular actor Ramón Caralt.

Eduardo Marquina, el poeta de los asuntos épicos y románticos, el de los versos esculturales, no se contenta con los laureles que este su género predilecto le conquista, y desciende a veces a los hechos, por decirlo así, prosaicos de la vida ordinaria y corriente. Tal ha hecho en su último drama en tres actos y en prosa *Una mujer*, recientemente estrenado con buen éxito en el teatro de la Princesa.

Pilar ha entrado en la casa de D. Lorenzo, viudo, rico y calavera, en calidad de institutriz de Carmina, niña ingenua y candorosa, hija de aquél. Pilar ama en secreto a Lorenzo, el cual, a su vez, quiere también a la institutriz, aunque con fines no muy nobles. Cierta día, después de encargarse a Pilar que le despidiera para siempre de una de



Barcelona. - Escena final de *El yermo de las almas*, drama en cuatro actos de D. Ramón del Valle Inclán, estrenado con buen éxito en el Teatro Principal

En el Teatro Principal de Barcelona y con motivo del beneficio de la eminente actriz Margarita Xirgu, se ha estrenado una obra que su autor, el ilustre literato D. Ramón del Valle Inclán, califica de episodios de la vida íntima, con un prólogo y tres actos, y que se titula *El yermo de las almas*. Es obra de gran intensidad dramática en la que se plantea un problema de conciencia, determinado por un amor criminal, por una lucha entre el deber y una pasión avasalladora, problema que se resuelve con la muerte de la protagonista, que al fin sucumbe a tantos tormentos morales. El argumento, sin ser enteramente nuevo, está tratado con gran elevación y sobre todo de una manera altamente artística; y la acción se desenvuelve vigorosamente, manteniendo en constante tensión el espíritu del espectador. El prólogo y el primer acto, especialmente, son en alto grado interesantes y están sólidamente contruidos. Toda la obra está hermosamente escrita, abundando en ella los pensamientos felices, las situaciones interesantes y los efectos dramáticos.

Margarita Xirgu que había escogido el drama de Valle Inclán para la función de su beneficio, hizo una verdadera creación del tipo de la protagonista, venciendo con gran talento las muchas dificultades que entrañaba la importancia de aquel personaje.

Admirable estuvo también el Sr. Rivero, quien representó con gran dignidad su papel; lo propio puede decirse del señor Luga y de la Sra. Segura. Los demás actores cumplieron como buenos en sus respectivos papeles.

(Fotografías de nuestros reporteros J. Vidal y A. Merletti.)



La guerra europea. - Ceremonia religiosa celebrada por las tropas bávaras en el cementerio de una población del teatro occidental de operaciones

LA GUERRA EUROPEA

Ninguna variación notable ha ocurrido en el teatro occidental desde nuestra anterior crónica: progresos y avances lentos de ambos beligerantes, más acentuados en Alsacia a favor de los franceses y en el Argona a favor de los alemanes; combates más o menos intensos de artillería; ataques y contraataques mutuamente rechazados; ocupación de algunos centenares de metros de trincheras en unos sitios por los aliados y por los alemanes en otros, tal es el resumen del contenido de las comunicaciones oficiales durante la última semana.

Sigue, pues, la lucha en las mismas condiciones en que desde hace algunos meses viene desarrollándose, sin que se vea ningún síntoma que permita vislumbrar un cambio de sistema.

También en el teatro de la guerra oriental las operaciones acusan menor violencia y actividad, lo que se atribuye al mal tiempo reinante en aquellos países. Esto no obstante, los alemanes continúan, al parecer, avanzando en la Polonia rusa, donde han ocupado algunas nuevas posiciones al Este del Bzura, al Oeste del Vístula y en la orilla derecha del Rawka.

En la parte de los Cárpatos sigue la suerte favoreciendo a los rusos, los cuales afirman ocupar toda la Bukovina y haber franqueado la cordillera que sirve de frontera entre la Bukovina y Hungría. Los austriacos confiesan implícitamente este avance de los moscovitas desde el momento en que, en uno de sus comunicados oficiales, dicen que las fuerzas austro-húngaras de las avanzadas de los Cárpatos y de la Bukovina meridional han sido retiradas del desfiladero principal ante la gran superioridad numérica del ejército ruso.

En el Cáucaso, los turcos han sufrido tremendas derrotas en Ardahán y Sarykamisch; su 9.º cuerpo de ejército ha sido completamente aniquilado, habiendo caído en poder de los rusos millares de prisioneros, entre ellos el exministro de la Guerra Izet Bajá y gran número de cañones, ametralladoras, trenes completos de abastecimiento, armas en grandes cantidades y otra impedimenta. El 10.º cuerpo de ejército turco huyó precipitadamente, siendo activamente perseguido.

En cambio, en la frontera persa los turcos, según noticias de Constantinopla, han obtenido importantes victorias sobre los rusos.

El crucero auxiliar alemán *Kronprinz Wilhelm* ha sido echado a pique en las costas de la República Argentina. Esta noticia, procedente de Buenos Aires, no ha sido, sin embargo, confirmada oficialmente.

Noticias de Amsterdam aseguran que el cardenal Mercier, arzobispo de Malinas, había sido detenido por los alemanes a consecuencia de una pastoral que había publicado y hecho leer en todas las iglesias, y en la cual se decía que los belgas no debían fidelidad ni obediencia a los alemanes, puesto que la única autoridad en Bélgica es la del rey Alberto, su gobierno y los representantes de la nación. Pero el emperador Guillermo II, en un telegrama dirigido al Papa, ha negado que el arzobispo estuviera preso ni siquiera sujeto a vigilancia, y ha dicho que lo único que se hizo fué rogar al cardenal, por medio del gobernador militar de Malinas, que se abstuviera de adoptar actitudes y hacer propagandas que po-

los jefes de los Estados beligerantes actualmente en guerra un despacho solicitando de ellos que se devuelvan unas naciones a otras los respectivos prisioneros conceptuados como inútiles para el servicio de las armas.

He aquí las principales contestaciones recibidas por el Sumo Pontífice:

Del Emperador Francisco José de Austria: «Estoy profundamente conmovido por los sentimientos de caridad cristiana que han inspirado a Vuestra Santidad su magnánima iniciativa. He teleografiado a mi embajador cerca de la Santa Sede que informe al cardenal secretario de Estado que mi gobierno acepta de todo corazón tan generosa idea y se apresurará a tratar con la Santa Sede para su inmediata realización.»

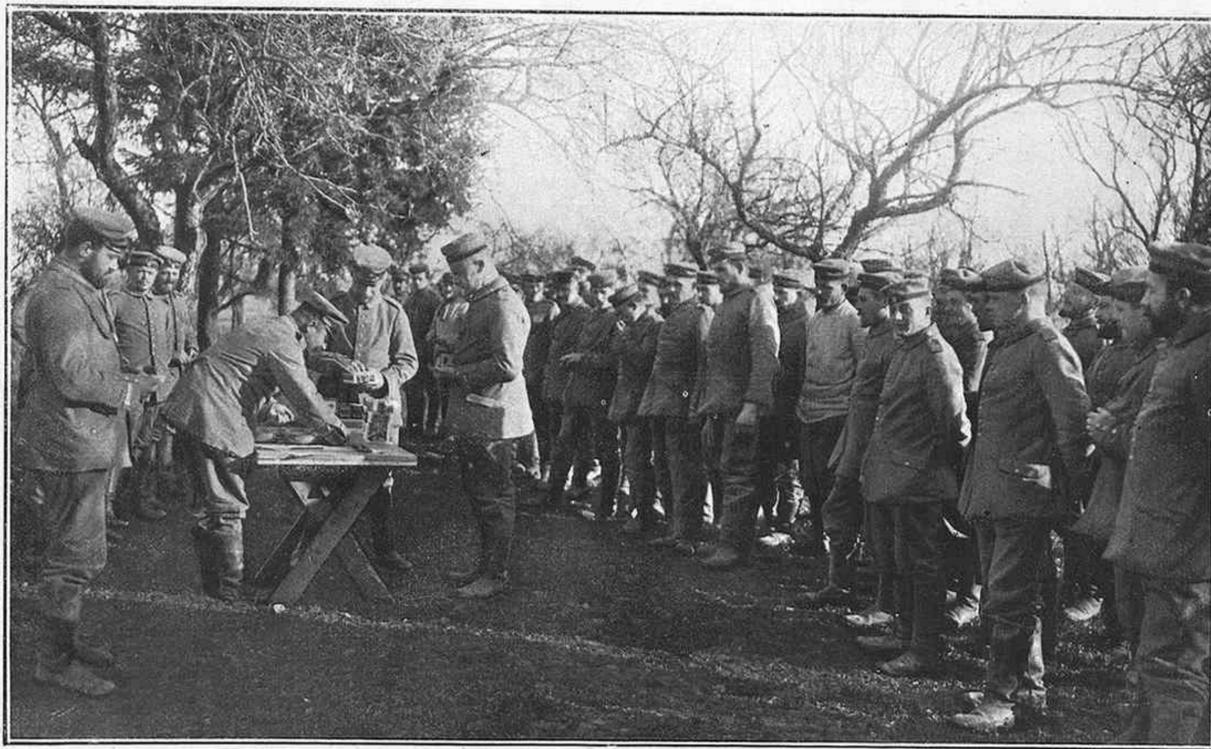
Del Rey Jorge V de Inglaterra: «Me complazco en dar las gracias a Vuestra Santidad por su telegrama, y con profunda satisfacción yo y mi gobierno hemos dado la mejor acogida a vuestra proposición, que ha venido a reforzar las indicaciones que habíamos hecho a Alemania, y confío en que el acuerdo podrá efectuarse a principios del año nuevo.»

Del Emperador Guillermo II de Alemania: «La propuesta de Su Santidad tocante a la suerte de los prisioneros de guerra imposibilitados para servir en filas ha encontrado en mi corazón las mejores simpatías.»

Del Presidente de la República Francesa: «En respuesta a la amable proposición que Vuestra Santidad me ha hecho el honor de transmitirme, apresúrome a daros la seguridad de que Francia, fiel a sus tradiciones de generosidad, ha tratado siempre con humanidad a los prisioneros de guerra y que estudia los medios de canjear todos los inútiles para el servicio militar.»

Del Rey Alberto de Bélgica: «Altamente aprecio el sentimiento de caridad cristiana que inspira el mensaje que me ha sido dirigido y que responde a mis propios sentimientos. Daré la mejor acogida a la proposición que me hagan en el sentido indicado.»

Del Tsar Nicolás II de Rusia: «Al felicitar a Su Santidad por su generosa iniciativa, me adhiero a su proposición eminentemente humanitaria de cambiar los prisioneros reconocidos como inútiles para el servicio militar.»



Distribución de cigarras entre las tropas alemanas en campaña. (De fotografías de Hoffmann.)

drían lanzar al pueblo a una sedición que originaría nuevos e innecesarios derramamientos de sangre.

Por su parte, el cardenal Mercier ha declarado, según parece, que no había abrigado ni por un momento la idea de provocar una manifestación, sino que le había impulsado el propósito de calmar a la población, recomendándole la obediencia y la subordinación interina a la autoridad alemana existente, aunque conservando el sentimiento patriótico.

Su Santidad el Papa Benedicto XV ha dirigido a



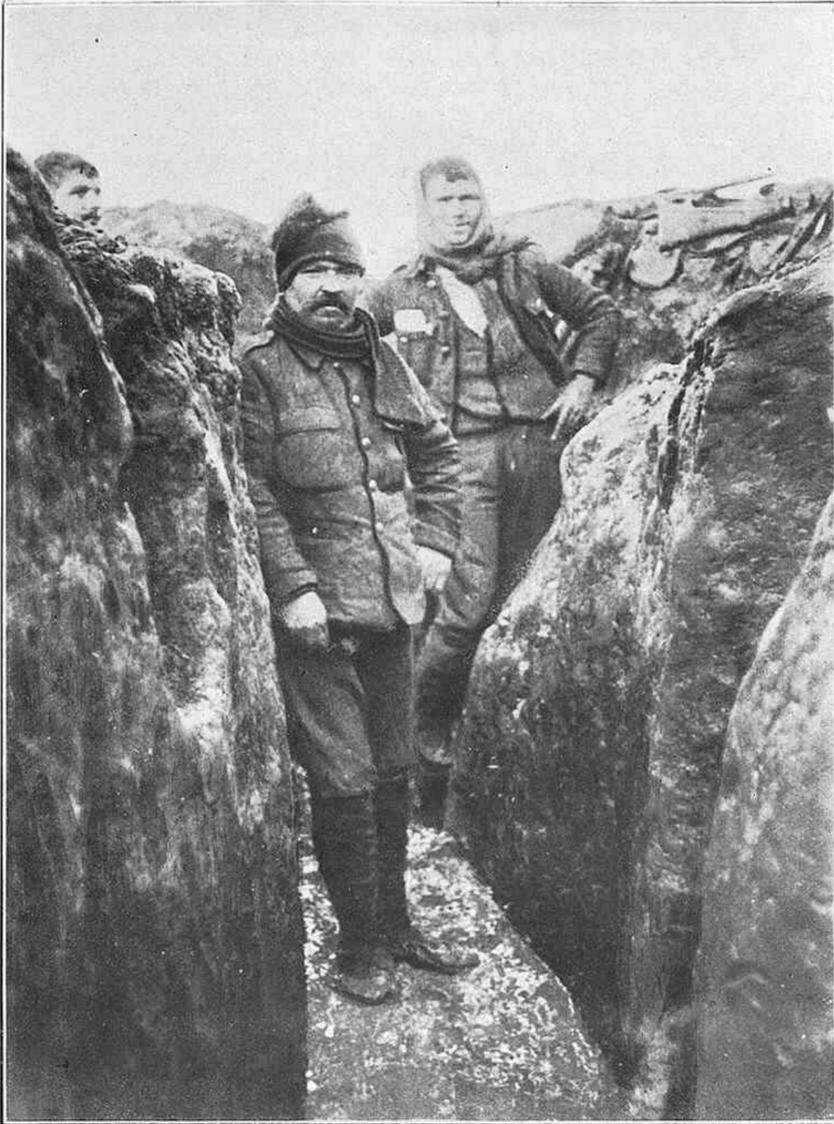
Soldados alemanes que después de haberse restablecido de sus heridas vuelven al teatro de la guerra, entonando cantos patrióticos



Un aviador alemán colocando una bomba en su aparato



Los horrores de la guerra. - Vista de una población destruida por los rusos. (De fotografías de Hofer.)



Soldados ingleses en las trincheras del Norte de Francia



Trinchera inglesa inundada por las lluvias



En las líneas inglesas del Norte de Francia. - Una trinchera bien defendida. (De fotografías de Branger.)

Contra todo lo que el mundo creía al comenzar el actual conflicto europeo, los beligerantes, en vez de la guerra de grandes batallas, han adoptado la lucha llamada de posiciones, en la que se combate para conquistar el terreno palmo a palmo.

De aquí que los ejércitos, en vez de combatir en campo abierto, luchan metidos en las

trincheras, soportando las grandes penalidades propias de una campaña de esta índole, a las que se agregan, en la presente estación, las ocasionadas por las inclemencias del tiempo, como el frío y sobre todo las lluvias, que inundan completamente las zanjas de defensa y hacen punto menos que imposible la vida en ellas.



Melilla. - Colocación de la primera piedra del Grupo de Escuelas graduadas. Vista del lugar en donde se levantará el nuevo edificio tomada en el momento de colocar la primera piedra

MELILLA. - COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA
DE UN GRUPO ESCOLAR

Con gran solemnidad efectuóse el día 6 de este mes en Melilla la colocación de la primera piedra del edificio que debe construirse para el Grupo de Escuelas graduadas de Alfonso XIII creado por la Junta de Arbitrios.

La ceremonia fué presidida por el general Jordana y a ella concurrieron, además de la Junta de Arbitrios, representantes de las principales entidades de Melilla, comisiones moras, los generales Aizpuru y Fridrich, comisiones del Ejército y de la Marina, los niños de las escuelas públicas y particulares con sus profesores, y numeroso público. Asistió también El Bachir Ben-Sennah, representante del Sultán.

Lefda el acta por el secretario de la Junta Sr. Muñoz Orozco, firmaronla el general Jordana, el general Villalba, presidente de la Junta de Arbitrios, El Bachir Ben-Sennah y las más altas representaciones y personalidades del Ejército, de la Marina, del clero, de la administración pública, del comercio, de la industria, del elemento indígena, etc. Luego fué depositada, con varios periódicos y monedas, en una caja de hierro y seguidamente el vicario eclesiástico D. Miguel Acosta bendijo la primera piedra, que descendió al hoyo previamente practicado, mientras los jóvenes escolares entonaban el himno a la Bandera. Los generales Villalba y Jordana pronunciaron elocuentes discursos.

MADRID. - NOTAS
DE ACTUALIDAD

Con objeto de atender a las necesidades crecientes del Giro Postal, la Dirección general de Correos y Telégrafos ha instalado en la corte unas nuevas y amplias oficinas que están admirablemente distribuidas y montadas con toda clase de comodidades, y cuya inauguración, presidida por el Director general Sr. Ortuño, efectuóse el día 8 de este mes, con asistencia de los altos funcionarios de ambos cuerpos, diputados a Cortes, representantes de la prensa y otros invitados.

En el *lunch* con que fueron obsequiados los concurrentes, el Sr. Jackson Veyan leyó unas inspiradas y fáciles redondillas alusivas al acto; el exdiputado y antiguo funcionario de Correos Sr. López Ozarzábal habló en representación de la prensa profesional, elogiando las cultas iniciativas del Sr. Ortuño y abogando porque éste pueda continuar su provechosa labor desde un futuro ministerio de Comunicaciones; y el subdirector de Telégrafos, recogiendo las palabras del Sr. López Ozarzábal, hizo votos porque se realicen sus augurios.

El Bachir Ben Sennah, representante del Sultán, firmando el acta. (Fots. de Lázaro.)



El Sr. Ortuño, después de agradecer las manifestaciones de los anteriores

y en el primer semestre del año pasado, 1.436.141 imposiciones por 79.236.925,45 pesetas.

Los beneficios obtenidos por el Estado han sido durante los años 1911, 1912, 1913 y primer semestre de 1914, de 80.499,10, 324.324 75, 542.738,90 y 518.300,80 pesetas respectivamente.

En el Círculo de Bellas Artes se ha efectuado otra de las «charlas» organizadas por la sección de Literatura de aquel importante centro de cultura. Corrió a cargo de los populares hermanos Sres. Álvarez Quintero con la cooperación de los distinguidos artistas señorita Palou y Sr. García Ortega.

Serafín Álvarez Quintero leyó un interesante e ingenioso trabajo acerca de alguna de las modalidades del teatro y luego declamó un precioso entremés, *La previa censura*, original de



Madrid. - El director general de Correos y Telégrafos D. Emilio Ortuño (x) en la inauguración de las nuevas oficinas del Giro Postal

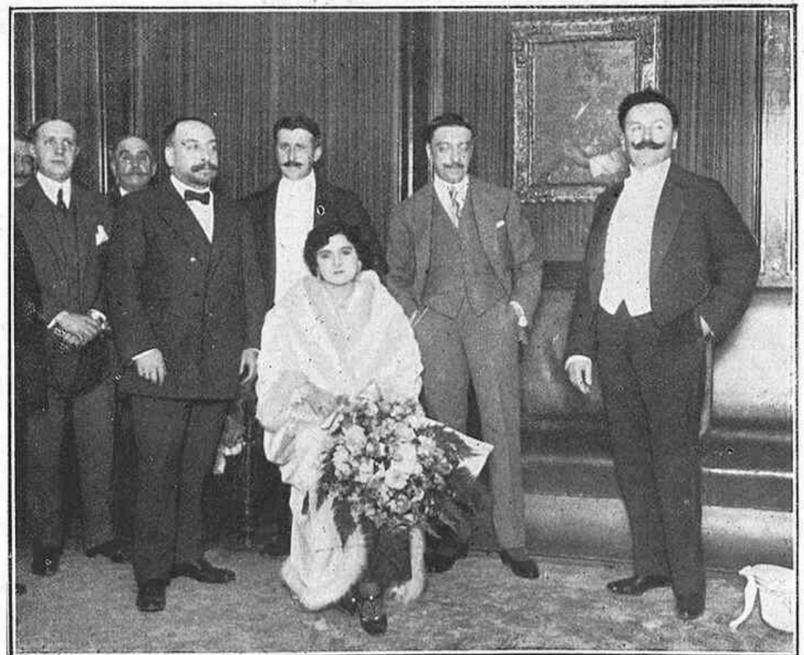
El Instituto de Previsión quiso asociarse al acto, distribuyendo por conducto de su representante en Melilla, el sacerdote D. David Araujo, 115 libretas del Instituto de clase infantil y otras tantas cartillas de la Caja de Ahorros entre los alumnos más aprovechados. Los profesores recibieron unas y otras, mientras las niñas cantaban el himno a la Previsión.

El nuevo edificio para el Grupo de Escuelas graduadas se levantará al extremo de la calle de Villafañes, en el ensanche del Barrio Obrero, a orillas del Río de Oro. Ha sido proyectado por el ingeniero Sr. Gándara, y estará dotado de todo cuanto para edificios de esta índole exigen la ciencia pedagógica y la higiene.

El Grupo escolar graduado constará de seis secciones con 250 alumnos.

oradores, detalló los grandes progresos del Giro Postal en nuestro país y anunció la implantación de nuevas reformas que tiene en estudio y que afectan al Giro postal internacional, al servicio de paquetes postales, a la Caja postal de ahorros, etc., etc.

Los siguientes datos permiten formarse idea del desarrollo alcanzado por el Giro postal en España. En 1911, primer año de su implantación, hubo 292.413 imposiciones por valor de 9.234.620,41 pesetas; 1.162.069 imposiciones por 37.758.343,60 pesetas en 1912; 1.714.063 por 68.765.033,70 pesetas en 1913;



Madrid. - «Charla» en el Círculo de Bellas Artes confiada a los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

él y de su hermano Joaquín. Terminó la fiesta representando la señorita Palou y el Sr. García Ortega el gracioso pasillo *Sangre gorda*. Autores y actores obtuvieron muchos y muy entusiastas aplausos.

LA NIANIA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



Mientras su Niania la peinaba para acostarse, ella escribía cartas a Dournoff

La algarabía era tan grande en su casa que su madre venía a echar un sueñecito aquí durante el día; en su casa, el demonio de su hija no la dejaba dormir... Pues bien, eso no le impidió casarse con un jefe de negociado en la administración del Patrimonio. A eso llamo yo una muchacha enamorada. Pero Antonina..., claro está que no.

- Más vale así, profirió Karzof; eso honra a su buen sentido, y a la educación que le has dado.

- Pues bien, Karzof, para evitar que nuestra hija se enamore de algún mequetrefe, creo que convenría casarla cuanto antes. Tiene diecinueve años; ya es hora.

- Conforme, dijo el Sr. Karzof. Pero ¿con quién?

- ¡Ah! Aquí está el busilis, dijo la madre reflexionando más profundamente que nunca y magnetizando con su mirada la bata indiferente. Busca tú; en tu oficina debe haber alguno... No faltan solteros en los ministerios.

- Sí, replicó Karzof, pero no tienen fortuna.

- ¡Los jóvenes! Pero ¿y los viejos?

- ¿Pero casarías a Antonina con un viejo?, preguntó el Sr. Karzof con un aire eminentemente dubitativo.

- ¿Cuántos años tienes más que yo?, replicó victoriosamente su esposa, volviéndose hacia él.

- Dieciocho, si no he perdido la cuenta, contestó el buen hombre.

- ¡Pues bien!, ¿te he hecho yo desgraciado, por ventura?

- No, por cierto, ¡oh, no!, exclamó Karzof; pero no es lo mismo, añadió en seguida con razón.

- Ciertamente es que éramos tal para cual, repuso la señora Karzof. ¡Si yo pudiese encontrar para Antonina un hombre como tú!.

Ambos esposos se pusieron a buscar en común entre sus conocidos los que podían pretender a la mano de Antonina. Si aquella noche no silbaron los oídos a treinta solterones que distaban mil leguas de pen-

sar en Antonina, es que probablemente dormían sobre los mismos oídos.

El resultado de aquel examen fué que, a la semana siguiente, darían un baile en que la flor y nata de los solteros sería ofrecida a la admiración de Antonina.

En el momento en que los esposos Karzof, orgullosos de esta resolución, se disponían a dormirse de veras, oyeron un ligero ruido de pasos que les anunciaba la vuelta de sus hijos. Una risita escapada a Antonina, que daba las buenas noches a su hermano, acabó de confirmar a la señora Karzof en su seguridad.

— Ya ves que no piensa en Dournof, dijo ella, puesto que se ríe. Y la buena señora se durmió sobre un lecho de rosas.

Su hija, mientras tanto, se había retirado a su cuarto, y en vez de desnudarse, sentada en un pequeño canapé, con la cabeza inclinada sobre el pecho, reflexionaba tristemente.

— Y bien, ángel mío, le dijo la Niania, que la esperaba, por tarde que tuviese que retirarse, y que no se acostaba nunca sin haber hecho sobre ella la señal de la cruz, para ahuyentar los malos ensueños, ¿no te desvestes? ¿No tienes sueño?

Antonina se estremeció.

— Dispensa, Niania, dijo ella, te hago esperar; debes de estar cansada.

Levantóse en seguida y se entregó a los cuidados de su fiel criada. Esta peinó con cuidado los hermosos cabellos de la joven, tan largos y pesados que la hacían inclinar ligeramente la cabeza; la Niania estaba orgullosa de sus cabellos negros, tan dulces y suaves, los trenzaba con paciencia dos veces cada día, para evitar que perdiesen su brillo, y no permitía que manos extrañas tocasen las trenzas de «su hija». Cuando la señora Karzof, movida por el celo de que hemos hablado, se empeñó en hacer venir un peluquero, tuvo que sostener una verdadera batalla con la Niania, y si obtuvo los honores del combate fué porque la envió a la cocina, dándole con la puerta en las narices.

— Y bien, hija mía, dijo suavemente la vieja criada, ¿tus padres no han aceptado a tu novio? ¿Se han negado a darle nuestro tesoro?

— Sí, suspiró Antonina.

— Y tú ¿qué dices?

— Yo digo que me casaré con él, o con nadie.

La Niania guardó silencio, y movió dos veces su vieja cabeza gris.

— Es que quieren casarte, añadió ella al cabo de un momento.

— ¿Con quién?, preguntó Antonina levantando bruscamente la cabeza.

— No lo sé; te buscan marido..., van a dar un baile al efecto y se ocuparán en casarte lo más pronto posible.

— ¡Qué idea! ¿De dónde has sacado eso?

— Escuché a la puerta, mientras estabas tú en casa de la señora Frakine. ¿Y él, tu amigo, que dice?

— Lo mismo que yo.

— ¡Que Dios os proteja!, suspiró la Niania, pues preveo que vuestra vida no será tranquila...

Antonina se acostó; su criada la arropó bien, despabiló la lámpara de las imágenes, y se retiró haciendo señales de la cruz en el aire por todas partes para ahuyentar al espíritu maligno.

Pero el espíritu maligno se había quedado en el corazón de la muchacha. Una cólera sorda trabajaba en ella y subía siempre amenazando sumergir su razón. Si la hubiesen dejado en paz, dueña de esperar que Dournof hubiese conquistado una posición, ella hubiese sido una hija dulce y sumisa, paciente a pesar de su pena, y siempre respetuosa... Pero querían disponer de ella sin su consentimiento..., trataban a su amor como a una niñería, se burlaban del hombre a quien ella amaba... Su cólera llegó a ser tan fuerte, que Antonina se levantó, incapaz de permanecer más tiempo inmóvil. La frescura del cuarto calmó un poco su fiebre. Dió dos o tres veces la vuelta a su celda virginal, y deteniéndose delante de las imágenes, se arrodilló piadosamente.

— ¡Santa madre de Dios!, dijo en voz alta, extendiendo la mano hacia la imagen de la Virgen que le sonreía plácidamente, con el niño Jesús en brazos; juro ser de él o de nadie. Y si es preciso morir para cumplir mi juramento, moriré.

Se prosternó y oró largo tiempo. El frío y la inmovilidad la helaron; un escalofrío pasó por su cuerpo. Se levantó, echando hacia atrás sus trenzas impetuosas, volvió a acostarse y se durmió.

IV

Los días siguientes, la señora Karzof continuó estudiando atentamente a su hija, pero ésta se había hecho un rostro impenetrable; Dournof vino varias

veces a ver a Juan, sin afectación; pasó la mayor parte del tiempo de su visita en el cuarto del joven, y no hizo más que aparecer y desaparecer del salón. Antonina le acogía como antes, le tendía la mano, le sonreía, exactamente como si nunca se hubiese tratado de matrimonio entre ellos; los peor intencionados no hubieran encontrado nada que criticar en aquella conducta, tanto que la señora Karzof, pensando que por aquel lado había desaparecido el peligro, se entregó completamente a los preliminares de la proyectada fiesta.

Mientras hacía una serie de visitas preparatorias, recogió numerosos plácemes sobre su hija, y no pocas insinuaciones de parte de las damas, tan deseosas de casar a un joven soltero como la señora Karzof podía estarlo de casar a Antonina. Entre la demanda y la oferta, las cosas acaban siempre por arreglarse. Esa gran comedia que incansablemente ofrecen a los desinteresados los casamenteros tiene alzas y bajas, como todas las representaciones de este mundo; hay momentos en que hay en el mercado más solteros que muchachas; otras veces, y éste es el caso más frecuente, las señoritas se ofrecen en gran número y los solteros no abundan. Entonces, el gran talento está en guardar su... ¿cómo decir eso sin ofender a nadie?.. En todo caso, se trata de comprar, si no puede suponerse que se trata de vender. El talento está, pues, en guardar su mercancía almacenada, mientras no tiene demanda en la plaza. Se ha visto concertar magníficos casamientos, de los llamados ventajosos, en veinticuatro horas, porque un embajador necesitaba una embajadora para ayudarle a representar la república en el Monomotapa; se ha visto también a solteros incasables y abandonados por las casamenteras más hábiles, encontrar mujer sin la menor dificultad; es que habían elegido el momento oportuno, que es lo principal en todo.

Cuando la señora Karzof se puso en campaña para casar a Antonina, se había hecho una gran *razzia* de señoritas en la Navidad anterior, y los que no habían tomado sus precauciones con tiempo se habían quedado solteros. La buena señora recibió, pues, extraordinarios cumplimientos sobre el mérito, la hermosura, la inteligencia, etc., etc., de su hija, y en las seis casas que recorrió el primer día de visitas de invitación, encontró cuatro pretendientes. No es que todos los cuatro hubiesen manifestado un deseo particular de casarse con Antonina, sino que había cuatro caballeros dispuestos a casarse con una mujer bonita que aportase una buena dote, y hasta una bonita dote, sin hacer de una bonita mujer un complemento indispensable.

La señora Karzof se sonrió, y regresó a su casa triunfante y con la cabeza erguida.

— Siendo así, dijo a su marido en el primer momento de su conversación, los invitaremos a todos, y seremos muy exigentes en nuestra elección. Tenemos derecho a la flor y nata.

El segundo día aun fué más favorable que el primero, pues hubo, entre las víctimas inmoladas al orgullo maternal de la señora Karzof, quien había visto, positivamente visto, a Antonina, y que la pedía personalmente, sí, ¡personalmente! No una joven bien educada con un pequeño capital, sino la señorita Karzof en persona. La señora Karzof creció una pulgada.

El lector se equivocaría, y sentiríamos mucho ese error, si se figurase que en Rusia se tratan estas cuestiones directamente. Sería una grosería indigna; esto pasa a lo sumo entre negociantes; en la clase inteligente y civilizada de empleados semisuperiores, las cosas marchan de otra manera. La señora Karzof empezaba por decir a sus amigas:

— ¡Buenos días, mi querida Anastasia Petrowna! ¡Jesús!, ¡cuánto tiempo sin tener el gusto de verla a usted!

— Hace al menos seis semanas. Yo hubiera debido ir a visitar a usted, pero...

— No, señora; la que le debía una visita era yo.

— ¿Usted cree?.. Mejor, eso me tranquiliza; pero, entre nosotros, no contamos las visitas ¿verdad? Y bien, ¿qué novedades hay?

— Poca cosa; los Morof han casado a su hijo...

— Sí, sí, eso es historia antigua. ¿Y su hermosa Antonina?.. ¿cuándo la casan ustedes?

— ¡Oh!, ¡no llevamos prisa, a Dios gracias! No nos estorba..., ¡una criatura tan dulce, tan amable!.. Tal como usted la ve, no me ha dado una hora de pena en toda su vida. No creo haberle dirigido jamás una palabra de reconvención.

— ¡Qué dicha, amiga mía! Yo no he sido tan afortunada con mis hijas; todas están casadas y puedo decirlo ahora: su educación me costó muchísimo trabajo. Pero antes, yo decía lo mismo que usted.

Las dos madres se echan a reír, pero hay una que ríe de dientes adentro.

— Queremos dar un baile la semana próxima, repone la señora Karzof con afectación. ¿Conoce usted algunos muchachos distinguidos, algunos caballeros bien educados, que quisieran bailar en nuestra casa?

— ¿En casa de usted? ¡Ya lo creo! Encontrará usted todos los bailadores que quiera. ¡Una casa en que se pasa tan bien el rato! Yo le llevaré a usted los señores X, Y, Z, etc.; pero si no quiere usted casar a Antonina este año no le llevaré al Sr. Titolof.

— ¿Y por qué?

— Porque está locamente enamorado de su encantadora hija. La vió en el último baile de la asamblea de la nobleza, y estuvo toda la noche buscando una persona seria que la conociese para hacerse presentar... Desgraciadamente yo no estaba allí, y si bien encontró a muchos jóvenes que le hablaron de usted y de su familia, no halló ninguno bastante serio para la presentación.

— ¡Qué diantre! De todas maneras hubiese podido hacerse presentar. ¡Qué hombre tan tímido es ese Sr. Titolof! ¿Qué edad tiene?

— Unos treinta y cinco años, según creo; tiene ya el grado de general civil y la cruz de Santa Ana.

— Como mi marido, exclamó la señora Karzof. ¡Tan joven! ¿Tiene fortuna?

— No es millonario, pero debe tener unos tres mil rublos de renta, lo cual, unido a su sueldo, suma unos seis mil rublos...

— No es de desdenar, dijo la señora Karzof con seriedad. ¡Dios mío, qué de pretendientes! No nos faltarán, de seguro; en ocho días, me han propuesto más de una docena.

Así se hacen los casamientos, no todos, afortunadamente, para la mayor gloria de las madres de familia. Se ha observado que las que peor han casado a sus hijos son las empeñadas en arreglar uniones matrimoniales para los demás; pero no se sabe si las anima el espíritu de venganza o algún otro sentimiento.

V

El resultado de tantas diligencias y visitas, sin contar dos días enteros empleados en asegurarse un personal idóneo de refuerzo para preparar y servir la cena, los helados y el té, y para proceder al tocado de Antonina, fué una violenta fatiga que rindió a la señora Karzof una hora antes de la comida, el día de su baile.

Era demasiado tarde para retroceder; la pobre madre, víctima de su deber, se puso gimiendo un vestido de seda lila, demasiado estrecho, porque se lo ponía raramente, y permaneció como pudo a la entrada del salón para recibir a sus convidados.

Vinieron muchas señoritas, traídas por sus mamás, y mayor número de muchachos, que llegaban solos, media docena de pretendientes «serios» y otra media docena de pretendientes menos serios que se agruparon en torno de Antonina.

Ésta había empezado por quitarse las joyas con que su madre la había cargado, lo que le había valido una mirada fulminante, pero sin efecto: muy tranquila, pálida como de costumbre, vestida de blanco, recibía los homenajes de aquellos desconocidos con una indiferencia perfecta. El escuadrón sagrado permanecía a poca distancia, bajo la dirección de Juan Karzof, a quien aquella pequeña guerra divertía mucho.

Se empezó a bailar; en el momento en que uno de los pretendientes serios, hombre de unos cuarenta años, calvo, un poco asmático, pero que llevaba majestuosamente gafas de oro sobre su nariz roma, se inclinaba ante Antonina para el primer vals, Juan se la quitó, arrastrándola rápidamente al otro extremo del salón.

— ¡Oh! ¡Juan!, exclamó la señora Karzof. ¡Qué tuante!

Esta exclamación, que, sin embargo, no era de etiqueta, no llegó a oídos del muchacho. Muy ocupado en apariencia, maniobraba para hacer pasar su hermana, en el momento propicio, al brazo de Dournof, sin acompañarla a su puesto.

La estratagema salió muy bien, y el escuadrón sagrado comprendió en seguida la maniobra. Después de dos vueltas de vals, Dournof acompañó a Antonina a su silla, no lejos de la de su madre; pero en el momento en que las gafas de oro se dirigían hacia aquel lado, uno de los seides de Antonina la sacó para volverla a ceder a otro, y así sucesivamente hasta que el vals hubo terminado.

En Rusia, no se baila toda una danza, a excepción de los rigodones, con la misma pareja; sería una alta inconveniencia. A lo sumo se dan dos o tres vueltas al salón si éste es muy pequeño, y una sola si es muy vasto, después de lo cual el caballero conduce la se-

hora a su sitio, donde ella tiene la facultad de aceptar o rehusar luego a tal o cual bailar que le convenga. Esta moda, seguramente menos cansada que la moda francesa, permite a todo el mundo bailar con todo el mundo, o poco menos, durante la reunión, y había de proporcionar a Antonina numerosos medios de esquivar a los protegidos de su madre.

— Escucha, le dijo severamente esta última, en el momento en que, ocupada en sus deberes de señora de la casa, la muchacha distribuía los turnos para los rigodones: no bailes con esos muchachos, amigos de tu hermano; ya ves que hay aquí caballeros formales, con esos tienes que bailar ¿entiendes?

Antonina hizo un movimiento de cabeza y se equivocó. Al sonar los primeros compases de la contradanza, su madre vió con horror que ella bailaba con uno de aquellos «muchachos», y le dirigió de lejos una viva reconvencción, que se perdió, como las otras advertencias.

— ¿Por qué me has desobedecido?, dijo la señora Karzof acercándose a su hija en el comedor, tan pronto como hubo cesado la música.

— Pero, mamá, no es culpa mía si Matveief me invitó antes que los otros. No podía imaginarme que el señor gordo me invitaría.

— ¿El señor gordo?, repitió la madre atónita.

— ¡Sí!, el señor grueso que lleva gafas de oro. ¿Es que se baila a su edad?

Después de haber hundido este puñal en el corazón de su madre, Antonina se fué volando como una mariposa.

Habían dado las diez, y el fénix de los pretendientes, el general de treinta y cinco años, condecorado con la cruz de Santa Ana, no había llegado todavía. La señora Karzof dirigía miradas inquietas, ora hacia su hija, que seguía bailando de preferencia con los «muchachos», ora hacia la puerta que se abría a menudo, mas para dejar pasar caras desconocidas. Por último apareció su buena amiga, vistiendo un magnífico traje de seda azul, de un azul capaz de avergonzar al cielo de junio, arrastrando en el remolino de los pliegues de su vestido al general Titolof, a quien le costaba trabajo desenredarse.

— ¡Oh!, ¡oh!, dijo en voz baja Dournof, que en aquel momento se hallaba detrás de Antonina; esta vez, la cosa es seria.

El general Titolof tenía, en efecto, unos treinta y cinco años, es decir, treinta y siete años y once meses; era un hombre de buen porte, de busto combado, revestido de una camisa reluciente y de un chaleco más reluciente aún que la camisa. El resto del cuerpo, vestido de paño fino, seguía al magnífico busto; la cabeza que lo coronaba todo no era indigna de aquel conjunto: bellos ojos grises, cejas negras, bigote negro y fino, cabellos negros también, rizados con tenacillas, y sobre todo ¡oh! ¡admirablemente untados con pomada! Guantes de color de paja y clac con iniciales debajo de una corona... Todo perfecto, tan perfecto, que Karzof metió los dedos entre las costillas de Dournof que dió un respingo.

— ¿Cómo puedes compararte con ese pájaro?, le dijo; ni siquiera eres digno de apretar la hebilla de su chaleco.

— Quizá la apretaría demasiado, contestó Dournof pensativo, contemplando la belleza incontestable del general Titolof.

— Quiero ir a ver si maúlla o si ladra, repuso Juan; es imposible que esa cabeza hable con voz humana, como nosotros.

Titolof, siguiendo siempre la falda de seda azul, había llegado cerca de la señora Karzof.

— El general Titolof, amigo mío y de mi marido, dijo el vestido azul presentándolo.

Los tacones de Titolof se acercaron; él inclinó la cabeza con un gesto mecánico irreprochable y volvió a levantarla con igual gracia; inclinóse luego sobre la regordeta mano de la señora Karzof y la llevó a sus labios.

— Tenemos una vivísima satisfacción..., murmuró la buena señora, volviéndose con la prontitud que su lentitud le permitía. Voy a presentarle a mi familia... Mi marido...

El marido saludó.

— ...Mi hijo, Juan...

Juan Karzof acababa de pedir, mal a propósito, una polca al pianista ciego, y resonaban en el salón los melódicos acordes de una música retozona. Juan se inclinó ante el caballero, que le estrechó la mano a la inglesa.

— ¿Y mi hija Antonina?.. ¿Dónde está, Juan?

— Allí está, mamá, contestó respetuosamente el joven.

Antonina estaba allí, en efecto, bailando la polca con un «muchacho»; en el momento en que su madre la lanzaba una mirada furiosa, la vió dejar el muchacho para seguir bailando con la gafas de oro,

y la cólera de su mirada se cambió en una aprobación que se trocó en sentimiento al recaer sobre el general Titolof.

— Luego se la presentaré, general, pase usted por aquí.

— Tendré muchísimo gusto..., dijo el general con voz suave.

Juan se fué, sin poder contener la risa, hacia sus amigos.

— No maúlla, dijo; bala.

Antonina acercóse a su madre — ello era inevitable — y la presentación tuvo efecto.

— Deseaba aproximarme a usted, señorita, dijo el general con su voz meliflua; la impresión que ha hecho usted en mí es indeleble.

Antonina se inclinó ligeramente como para decir: «¡Basta!» Pero Titolof repuso:

— Celebraría que su linda boca añadiese una autorización a la que ya he recibido de su señora madre...

Antonina miró a su madre... ¡Ay!, la autorización estaba hartó escrita en la sonrisa que iluminaba el rostro de la señora Karzof.

— ¡Contesta, Nina!, dijo ésta. ¡Es tan tímida!, añadió dirigiéndose al general.

— No sé cuál es la autorización que mi madre le ha concedido a usted, caballero, dijo Antonina avergonzada de su propia audacia.

— La de presentar a usted mis homenajes respetuosos...

— ¡Antonina!, gritó en voz alta Juan Karzof, se te necesita aquí...

La muchacha dirigió a Titolof un pequeño saludo que en rigor podía pasar por un consentimiento, y desapareció murmurando:

— Ustedes dispensen.

— ¡Esas muchachas!, dijo su madre sonriendo; ¡son tan tímidas cuando han recibido una buena educación! Y puedo vanagloriarme de que nada ha empañado el alma de mi Antonina. Ni siquiera sabe lo que se quiere de ella...

El general Titolof y la señora Karzof se retiraron al cuarto dormitorio de la virtuosa señora, convertido por las circunstancias en saloncito de confianza, tuvieron allí una de esas conversaciones matrimoniales que generalmente terminan con estas palabras:

— ¡Es Dios quien le ha enviado a usted!

Todas las suegras debutan así, y por ahí empiezan todos los yernos.

Titolof bailó varias veces con Antonina; su inexorable madre la retuvo a su lado por la falda hasta que el general hubo venido a inclinarse ante ella con el brazo arqueado y la boca sonriente. Pero a lo último, durante el cotillón que siguió a la cena, según costumbre de aquella época, Antonina halló medio de no cambiar veinte palabras con su bailar. Bailaba con él, pero a cada minuto se la quitaban para una figura, de modo que si él se retiró encantado de sí mismo, de su conducta irreprochable y de sus maneras exquisitas, la muchacha tuvo el consuelo, al verle partir, de pensar que no le había dicho cinco frases. Dournof llevó en el guante de su mano izquierda un billetito al lápiz que contenía estas palabras: «De usted o de nadie; lo he jurado ante las imágenes.»

VI

Transcurrieron así quince días; el mes de febrero tocaba a su fin, y las últimas fiestas del carnaval ponían toda la ciudad en movimiento. El general Titolof había venido al principio cada dos días, y luego diariamente; se le había convidado después a comer, ¡Y qué comida! Jamás la cocinera había pasado un día tan fatigoso. Sin embargo, Antonina había ganado un punto: había mantenido sus sábados en casa de la señora Frakine; el aborrecido Titolof no había sido invitado a las reuniones de la vieja, y la señora Karzof no daba bastante importancia a tales reuniones para que se le ocurriese presentarlo ella misma.

Aquella reunión de libertad, igual a la de otras veces, tan diferente de la vida cohibida y ceremoniosa que las visitas del pretendiente le imponían ahora, produjo una impresión extraordinaria en la muchacha. Apenas hubo entrado cuando, al oír el sonido familiar del piano y el murmullo de aquellas voces juveniles, algunas de las cuales le eran muy gratas, perdió la serenidad: todo su gran valor la abandonó un instante y prorrumió en llanto en medio del salón.

Toda la juventud presente — no había una sola mamá — la rodeó solícita, los jóvenes para sostenerla, las muchachas para interrogarla y ofrecerle las caricias fáciles y encantadoras de su edad.

— ¿Qué tienes, Antonina? ¿Te han causado alguna pena? ¿Podemos ayudarte en algo? Estas preguntas y diez más se cruzaron en torno de ella; apoyada en el hombro de una amiga de la infancia, en vano trataba de detener el llanto.

— ¡Juan! ¿Dónde está Juan?, preguntaron.

Juan estaba en la ópera italiana, como todos los sábados. Dournof, que llegó entonces, dominó todo el grupo con su elevada estatura, y adelantóse hasta Antonina.

— Yo sé lo que tiene. Quieren obligarla a casarse con un hombre que ella detesta, dijo en alta voz, y, pasando un brazo en torno de la joven, la condujo hacia un canapé donde se sentó al lado de ella.

— ¡A quien ama es a usted!, exclamaron de todas partes.

— Es verdad, contestó orgullosamente Dournof, así es que no se casará con su general condecorado.

— ¡No, no!, gritaron a coro los jóvenes.

— ¡Ea!, ¡a divertirse!, dijo Dournof con la autoridad que poseía incontestablemente sobre aquella juventud, de la cual era de hecho el jefe. Vamos a explicarnos con tranquilidad.

Se formaron los cuadros para los rigodones; la señora Frakine aportó el auxilio de su maternal bondad a la pobre muchacha, pero no había remedio posible para su mal. La señora Karzof estaba demasiado empeñada en tan hermoso casamiento para renunciar a él; su futuro yerno la había cogido por el amor propio; había perdido a su madre, y su suegra iba a hacer los honores de su casa, al lado de su mujer. Titolof tenía una vajilla de plata antigua: vivía en un hermoso piso muy bien amueblado, con alfombras y espejos por todas partes... La señora Karzof había ido a verlo y había vuelto encantada.

— ¿Entonces, qué esperas?, preguntó a la abatida muchacha su protectora impotente.

— Diré que no en todas partes, hasta al pie del altar. ¿Qué más puedo hacer?

Durante los ocho días siguientes, Antonina no dispuso de un minuto, exceptuando la noche. Mientras su Niania la peinaba para acostarse, ella escribía cartas a Dournof, y releía las que diariamente recibía de él. La vieja criada, de pie detrás de ella, procuraba suavizar sus movimientos para no turbar a la adorada joven. Miraba correr los dedos de Antonina sobre el papel, y caer sus lágrimas sobre la página escrita, y toda el alma de la vieja se derretía de pena a la idea de no poder hacer nada por la muchacha.

Una noche, Antonina, cansada de contenerse, había apoyado la cabeza sobre sus brazos cruzados en el borde de la mesa de su tocador; mientras la Niania acababa de hacer sus sedosas trenzas, lloraba a lágrima viva, y Antonina sintió caer sobre su cuello dos gotas cálidas. La joven levantó bruscamente la cabeza y miró a la vieja criada. Ésta se había inclinado sobre ella y dos raudales de lágrimas brotaban sin cesar de sus cansados ojos sobre sus mejillas ajadas.

— No llores, Niania, dijo Antonina; de nada sirve.

— ¿Cómo no llorar, ángel mío, cuando te veo echar a perder tus ojos queridos a fuerza de llorar toda la noche? Pero yo quisiera volverme ciega a fuerza de llorar, si esto pudiese devolverte la alegría. Sí, yo tomaría todas tus lágrimas para mí hasta el fin de mi vida; si Dios quisiera, perdería yo mi salvación eterna con tal de que pudieses ser feliz.

Antonina pasó sus brazos en torno del cuello de la pobre criada.

— Tú eres más mi madre que mi madre propia, dijo ella.

— ¡Ya lo creo!, exclamó la Niania; fuera de haberos puesto en el mundo, vuestra madre no ha hecho nada por vosotros. ¿Quién os ha velado en vuestras enfermedades? ¿Quién os ha cuidado en vuestros pequeños males? ¿Quién lloró y rió durante toda vuestra infancia para divertirte? ¿Quién te cuida ahora y conoce tus penas? Tienes razón, paloma mía, yo soy tu verdadera madre. Así es que puedes llorar conmigo, y tu madre te lo prohíbe porque eso estropea los ojos. Lloro, hija mía; lloraremos juntas, y quizá el Señor se apiadará de ti.

El día siguiente era sábado. La señora Karzof entró por la mañana en el cuarto de su hija y vigiló atentamente la operación de su peinado. Antonina había hecho que le trajeran el sencillo vestido que llevaba de ordinario: su madre lo devolvió y escogió un vestido claro de color indeciso, particularmente alegre y vistoso; colocó después un lazo color de rosa en el cabello de su hija, y, después de haberla examinado detenidamente, acabó por besarla con más ternura que de costumbre, después de lo cual se la llevó a su cuarto.

(Se continuará.)

RINCONES DE ESPAÑA. - RONCESVALLES, POR EL CONDE DE CARLET

Lugar de reposo para el cuerpo y deleite para el alma es el rincón pirenaico, en que entre asperezas y frondas se esconde la Real Colegiata de Roncesvalles, asilo en otros tiempos de caminantes, perdidos por las veredas de aquellas vertientes, envueltos por el cierzo de las borrascas o sepultados por la nieve que borra los ya dudosos caminos, y que en la santa casa hallaron fuego para desentumecer sus ateridos miembros, solicita acogida para levantar su deprimido espíritu y sana comida para reconfortar su cuerpo. Hoy es Roncesvalles un admirable sanatorio espiritual y físico, sitio sin igual de descanso en que el hombre encuentra un enorme depósito de fuerzas y energías tan necesarias para luchar en la vida moderna.

De Pamplona al Monasterio el viaje es delicioso. Cinco horas en coche o un par en automóvil, por una carretera admirablemente conservada, bastan para tan pintoresca excursión, que despliega a los ojos del turista como una cinta cinematográfica de paisajes espléndidos, variados, encantadores. A la salida, por la puerta de San Mualvi, de la capital navarra, pasa velozmente la pintoresca visión del balneario de Burlada, rodeado de quintas de recreo; el río Arga con su puente de piedra, que se atraviesa para contemplar Villalba con sus fábricas de papel, y a través de las llanuras dominadas por Miravalles atraviesa como una exhalación hasta divisar Zavaldua, y bajo una roca original Anchory, Larraun, Larratuña. Atravesando el valle de Ardaniz, apacible y pintoresco, se llega subiendo penosa cuesta, por tierra rojiza y pobre vegetación, al Puerto de Val de Erro. Aquí cambia la visión. Un panorama inmenso se descubre en la opuesta vertiente. Valles, montañas, lejanas sierras en tierras de Baztán y Aldillar, sirven de marco y límite al valle de Erro, que bucólicamente se extiende en la hondonada y se alcanza después al terminar la loca pendiente que conduce a sus prados y frondas. Otra cuesta penosa, otro puerto que se atraviesa y otro valle, que después de vertiginoso descenso se cruza, ya en plena vegetación

sus casitas pintadas al blanco con franjas grises, cubiertas puntiagudas de exagerado desnivel, rodeadas

Una cruz de término, llamada de los peregrinos por antigua costumbre de rezar ante ella las primeras

oraciones, señala la entrada en los dominios del priorato. Es de piedra, obra de un monje del siglo xv, restaurada modernamente, de pobre inspiración en la escultura del crucifijo, que desaparece por mitad, tapada por una capillita en que se ve un bajo relieve con las imágenes de la Virgen y el Niño, iguales que las que se encuentran a menudo en Navarra, obras todas de los siglos xiv y xv. Otra capillita debajo de la primera y de estilo Renacimiento fué añadida sin duda durante el siglo xvi cobijando unas figuras que parecen representar a un rey



Valle de Roncesvalles y Buguete

de prados y bosques. Sigue después recto el camino remontando suavemente la pendiente, entre una lujuriosa vegetación, entre bosques milenarios en que la luz del sol se detiene. La carretera blanquísima, todo luz, se abre paso y contrasta a través de la obscura fronda formada por corpulentos árboles, hayas, en su mayoría de gallardía imponderable, cuyo suelo

ya una reina en actitud orante.

* * *

Proviene el nombre de Roncesvalles de Ronces (*Rocio*), Valle del Rocio, que jamás falta en él tan fecundo riego. Otros sabios, entre ellos el eminente



Una calle de Buguete



Buguete. - La feria

pirenaica, repleto de bosques y praderas, conducen al pueblo del Espinar, desde el que se divisa a lo lejos el amplio valle de Roncesvalles, surgiendo de sus frondas la nota blanquecina de la Colegiata.

El camino se desliza desde este instante por una inmensa llanura. Recto y monótono llega a Buguete, original aldea, que atraviesa, de aspecto suizo, con

tapiza una riquísima alfombra de helechos, que cubren los tranquilos arroyos o espumeantes torrentes que por allí discurren, y juguetean, abriéndose paso por agrestes barrancos o canturreando en limpidas fuentes, frondas en que bulla la parla de miles de pájaros, el sublime canto de los ruiseñores y el bordoneo del enjambre de insectos que en ella pululan.

vascófilo príncipe Bonaparte, dicen significar por su etimología vascuence valle de las zarzas, por la cantidad de este espinoso arbusto que en el valle se encuentra. La situación del convento al mediar la vertiente de la montaña, su altitud de 922 metros, los frescos prados que le circundan, la pureza de los manantiales que brotan por doquier, la proximidad del *Summum Porto*, uno de los más asequebles de la cordillera y más frecuentados en otro tiempo, son causa de la gran importancia que tuvo siempre.

La antigua Real Casa de Nuestra Señora de Roncesvalles forma actualmente un conjunto abigarrado de construcciones diferentes. De la torre campanario de la época de Sancho *el Fuerte* de feudal aspecto, al modernísimo *chalet* en que vive el médico, todas las épocas con sus defectos y cualidades dejaron huellas en construcciones y reformas, causadas por derrumbamientos, saqueos o incendios.

El primer edificio con que se tropieza es la hospedería. Espaciosa, limpia, con holgadas habitaciones, buen comedor, todo blanqueada, es de construcción relativamente moderna a manera de caserío o venta. El trato que recibe el turista es sano, abundante, y reina en ella la sencillez y afabilidad, que engendran un bienestar tranquilo y risueño, y no es de extrañar que en verano rebose gente ávida de gozar las delicias de aquella atmósfera y temperatura ideal.

En la plaza que forman las principales construc-

ciones del Monasterio se hallan las más antiguas e interesantes: la parroquia de Santiago, la capilla del *Sancti Spiritus* a un lado y un tanto más apartada, al opuesto, la primitiva iglesia llamada hoy día *Isadenguin* (depósito de yerbas) destinada a guardar los pastos.

Es la puerta de la de Santiago de estilo ojival del siglo XIII, de arco apuntado, elegante, formado por tres baquetones apoyados en esbeltas columnas de capiteles sencillísimos, formando su tímpano el monograma de Cristo. Dos tramos divididos por un *zucho*, que arranca de dos pilares puestos en el punto medio de las paredes laterales, forman su interior en cuyo ábside se abre un esbelto ventanal gótico. Al presente sirve la capilla para depósito de maderas.

Originalísima es la capilla del *Sancti Spiritus*, de diminuta estatura y de típico aspecto. Según la tradición, fueron sepultados en ella y en un enorme silo los guerreros francos que perecieron en la derrota de Albaziz, esqueletos gigantes que con restos de armas han sido descubiertos. El monumento es de planta cuadrada y está rodeado por arcos, tapiados, que formaron una especie de claustro o pórtico abierto. El interior está formado por un cuerpo cuadrado con contrafuertes de pesados ángulos, de los que arrancan dos pesadísimos *zuchos* de sección rectangular y cruzados diagonalmente en el espacio formando a modo de un armazón de bóveda románica en la que se insinuara o baluceara la ojiva. El pavimento se levanta sobre una cripta central a cuyos lados se hallan las sepulturas de canónigos y vecinos de Roncesvalles. Al fondo, frente la entrada, se erige el altar consagrado al *Espíritu Santo*, cuyos cuadros de mal gusto forman el único adorno de tan severo monumento. Al atardecer de cada sábado canta el cabildo una *Salve, el Veni Creator*, y un responso; la mayor parte del año a oscuras, entrando la escasa luz por la ventana del tejado, única que se abre en la extraña construcción que ostentó en la Edad Media el título de basílica y que fué du-

rante el siglo XIII carnario de los peregrinos que se dirigían a Compostela, según cuenta un poema que se conserva en el código nombrado *La Pretiosa*, guardado en el archivo-monacal.

El monasterio primitivo fué el hospital estableci-

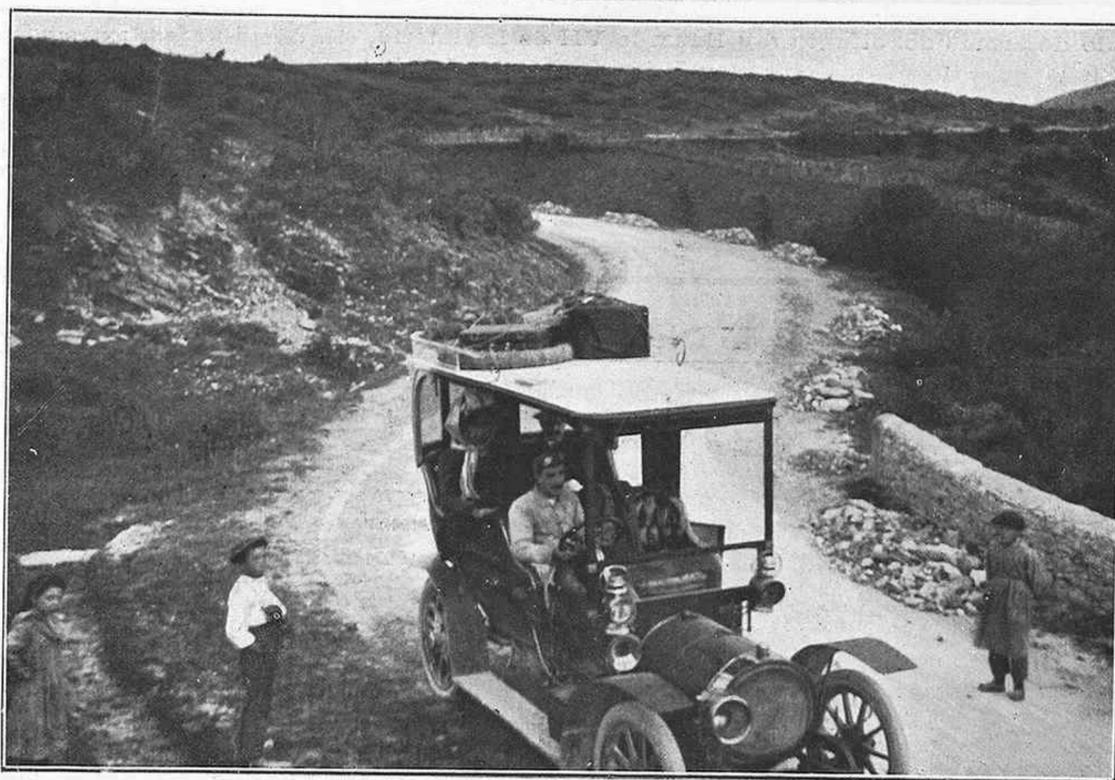
la fama de hospital respetado por toda la cristiandad y admirado por el modo rumboso y completo que en él se practicaba la caridad cayendo sobre el mismo, como lluvia de oro, dones, privilegios y regalias en tal número que llegó su prior a titularse abad de Colonia poseyendo encomiendas y propiedades en Italia, Alemania, Inglaterra, Escocia e Irlanda, un hospital en Londres, en calle del mismo nombre, e infinidad de posesiones en Francia, diezmos, censos y prioratos en toda España, todo lo que fué perdiendo en las guerras intestinas de Navarra y Aragón y Castilla, con la introducción del luteranismo, por el cisma de tiempos de Bonifacio IX y por otras causas diversas. El año 1523 otorgóse la corona el nombramiento de prior entrando con ello la colegiata en una época de envidias, de orgullo y de intrigas que dieron en tierra, por los gastos que ocasionaron, con sus ya mermaidas rentas.

Después de esta época nefanda, al mediar el siglo XVI, surgieron dos hombres: D. Martín Azpilicuetta, vulgarmente llamado el *Doctor Navarro*, y el prior D. Francisco de Navarra que con sus preclaras dotes, sus esfuerzos, su buena administración y su entusiasmo elevaron otra vez el nombre y la fama perdida del hospital monasterio, reorganizando su instituto, que hasta últimos del siglo XVIII y principios del XIX volvió a ser célebre por el mundo cristiano.

(Concluirá.)



De Buguete a Roncesvalles. Término de la Colegiata



Summum Porto

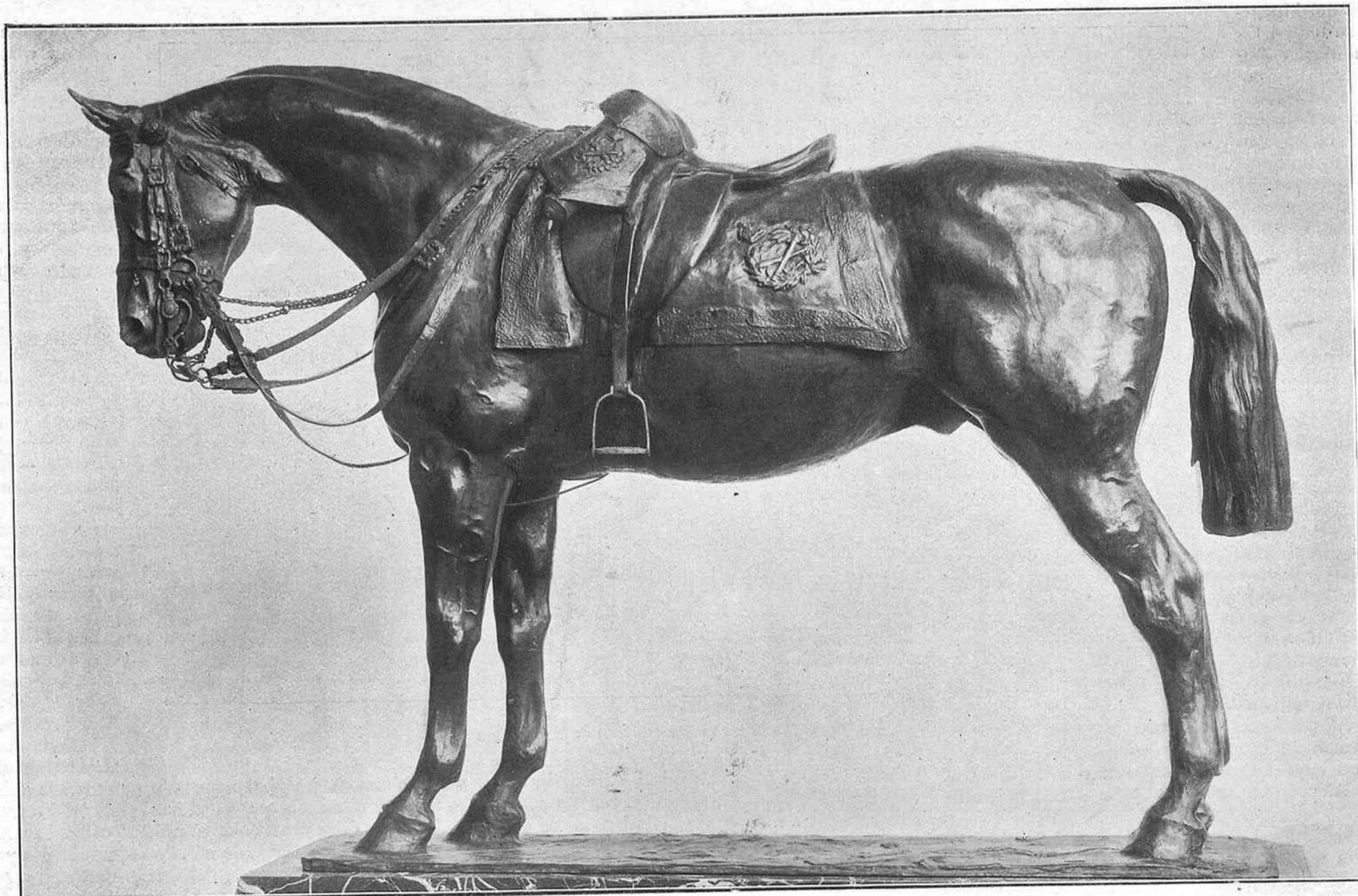
do por Carlo Magno, según las tradiciones, en el puerto de Ibañeta (*Summum Porto*), dedicado a San Salvador, en el que se estableció una orden militar, cuna de la que más tarde fué la poderosísima de Roncesvalles siendo conocida por largo tiempo la capilla del puesto por Capilla de Carlo-Magno que fué destruída el año 921. Más tarde, con motivo de

prior D. Francisco de Navarra que con sus preclaras dotes, sus esfuerzos, su buena administración y su entusiasmo elevaron otra vez el nombre y la fama perdida del hospital monasterio, reorganizando su instituto, que hasta últimos del siglo XVIII y principios del XIX volvió a ser célebre por el mundo cristiano.

(Concluirá.)

HOMENAJE AL POETA DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

Edición de gran lujo, tamaño folio, de sus bellísimas **DOLORAS**, ilustradas con numerosas viñetas intercaladas en el texto, dibujadas por los celebrados artistas **José Luis Pellicer** y **José Sala** y veintiséis preciosas láminas, impresas en colores, copias de otros tantos cuadros del notable pintor **José M.^a Tamburini** ejecutados expresamente para esta edición. Agotada la tirada de este libro y siendo muchos los pedidos que se reciben de esta notable edición, hemos procurado completar un número escaso de ejemplares que ponemos á la venta, lujosamente encuadernados, al precio de 15 pesetas ejemplar.



«Kildare», caballo de armas del difunto rey Eduardo VII de Inglaterra, obra del escultor norteamericano Herberto Haseltine
(De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

En el número 1.693 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, con motivo de la publicación de algunas esculturas del notable artista norteamericano Mr. Herberto Haseltine, emitimos el juicio altamente favorable que nos merecían aquellas obras, en todas las cuales se advertían el sello de un espíritu observador y la mano de un escultor consumado. Dijimos también entonces que no sólo sobresalía el Sr. Haseltine en la plástica de la figura humana, sino, además, en la re-

producción de los caballos, que modela de una manera magistral. Nueva y elocuente prueba de esto último es la escultura que adjunta reproducimos. Considerado desde el punto de vista anatómico, este caballo es verdaderamente intachable; sus proporciones son justas, y bajo la sedosa piel se dibujan las venas, los músculos, los tendones, con una fidelidad asombrosa, dando toda la impresión de la realidad viviente.

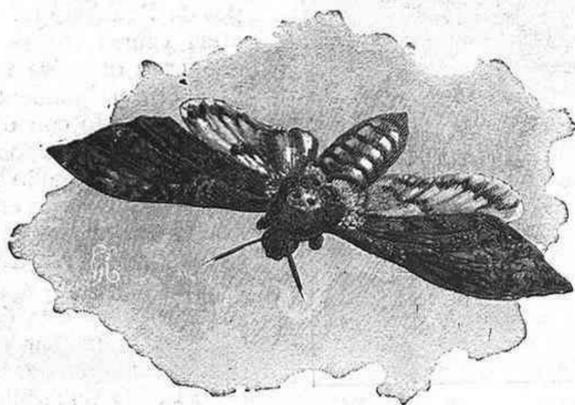
BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA VIDA DE LAS ABEJAS

por **Mauricio Maeterlinck**

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL POR PEDRO DE TORNAMIRA

EDICIÓN ILUSTRADA



Esta obra, cuyo éxito es de los más grandes que se registran en la literatura contemporánea, es un poema delicado en prosa, en el que se habla de las abejas con verdadero amor y se describe entre raudales de poesía las maravillas de la vida íntima de esos pequeños seres, avalorándolas con reflexiones profundas.

En Francia se llevan impresas **sesenta ediciones** de este notable libro.
Un tomo encuadernado en tela y lomo pergamino.

HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el Verdadero. El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts. París.

LA SAGRADA BIBLIA

Traducida de la vulgata latina al español, por D. FÉLIX TORRES AMAT, dignidad de Sagrista de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona, Obispo de Astorga, etc., etc. — Nueva edición acompañada del texto latino é ilustrada con 230 grandes composiciones dibujadas por **Gustavo Doré**, y profusamente ilustrada con viñetas intercaladas en el texto, corregida por el Rdo. P. D. **Ramón Boldú**, con licencia de la autoridad eclesiástica. — Cuatro tomos gran folio, 110 pesetas pagadas en doce plazos mensuales.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES. — BARCELONA

FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida á D. **Teodoro Llorente**, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de **Gustavo Doré**. — Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN